

La Odisea del Flaco Perez

Novela

Por: Daniel Migone
Julio de 1999

© Daniel Migone - 1999 -
Reg. De la Prop. Intelectual No.: 20470 12/10/99
Hecho el depósito que marca la ley.

Ilustración de tapa: "Figura" por Melora Demare - 1994

“El estado civilizado impone una extensa restricción a los seres individuales. Una renuncia a satisfacciones pulsionales. Sobre todo a valerse de la mentira y el fraude... Pero es el mismo Estado, quién contradice estas normas ante la acción, guerrera o no, de las fuerzas del poder...”

S. Freud - (Obras Completas -Tº. XIV)

I

El Flaco Perez recorría muy concienzudamente los salones y pasillos del aeropuerto, incluyendo el pre-embarque y las salas contiguas al free-shop, sembrando a los viajeros inminentes, auscultando sus inquietudes y sus posibilidades económicas. Nunca se fijaba en aquellos que salían cargados de bolsas de whisky y cigarrillos, sino, más bien en los que tímidamente, miraban todo y no compraban nada. Catalogaba a los tímidos, los audaces, los soberbios, los apurados, los que parecían inquietos porque seguramente estaban en falta, los despistados o los “piolas”. Estos siempre despertaban su atención, poniéndolos en primer lugar de su lista mental.

Podía pasarse horas en un sitio, mirando al vacío, o sentado con ese gesto aparentemente distraído de los pescadores. Donde advertía alguno que parecía candidato, se dedicaba a seguirlo e intentar hacerse amigo; para desplegar su astucia y estafarlo.

El truco lo había realizado varias veces en la semana, y muchas en el último mes, dejándole magros pero seguros pesos.

El negocio consistía en pasearse con varias bolsas de compras de free-shop, encarar al punto y hacerse pasar por una especie de tonto frustrado; a veces uruguayo o paraguayo, a veces gringo o provinciano (manejaba admirablemente los acentos y gestos verbales de una docena de países latinos) al que han prometido venir a buscar, que está sin un mango porque gastó los últimos pesos que traía en comprar esas cosas; y ahora no tiene ni para el colectivo. No puede hacer otra cosa más que revenderlas en mitad de su valor, con tal que le aseguren la posibilidad de viajar al centro, donde lo espera su familia, que en realidad no sabe de su arribo, y quiere darles la sorpresa. Pero que se le va a hacer. Se tendrá que morfar las

cajas, ir caminando. ¿A cuanto queda la ciudad de acá?. Allí, sin dudar, se pasa a otro tema. Si el punto “picó”, él solo va a regresar la negocio; si no, todo queda olvidado y el Flaco ha perdido lastimosamente su tiempo.

No tenía demasiada experiencia anterior en esa clase de delito, pero en los cuatro putos meses que se comió en la cárcel por creer que la corrupción paga dividendos y los corruptos son fieles a sus creencias y a sus súbditos, se había hecho amigo de uno de los más grandes maestros nacionales de la estafa, quien lo había aleccionado en el metiere, iniciándolo en el atractivo “trabajo de aeropuertos”.

Tenía aprendido que además de saber colarse en los lugares clave, es muy pero muy importante no presionar a la víctima; no solo porque se puede avivar, sino porque el manual del buen estafador dice que éste siempre trabaja sobre la codicia del punto, que es en el fondo quién pretende sacar ventaja de alguien en problemas (en este caso, el propio estafador).

Si no picaban, huía, pero si lograba “enganchar”, se presentaba la posibilidad de pasar a la segunda etapa del “trabajo”.

El cambio.

Se trataba de cambiar lo mostrado como mercadería 0 km. por cajas conteniendo cascotes o maderitas para simular el peso.

En esto era especialmente hábil. forzando a la codiciosa víctima a cerciorarse de los contenidos y precios antes de cerrar la operación. En ese momento y casi ante los propios ojos del sujeto, cambiaba las bolsas entregando al otro la basura que tenía preparada de antemano.

Cada transa le representaba entre cincuenta y ochenta pesos; con lo que pagaba sus pequeños gastos, traslados y vivienda. Y si lograba dos por día, o una grande de ciento veinte o

ciento cincuenta, no regresaba hasta tres o cuatro días después. Para no gastarse, ¿vió?

Su estatura, su edad imprecisa, su aspecto desgarbado pero prolijo, sus ojos negros, francos, le daban una ventaja particular frente a señoras gordas, jóvenes ambiciosos o tipos con pinta de ejecutivos.

Nunca un hombre maduro y sereno, nunca un padre de familia o una mujer joven y asustada.

Jamás sabrá por qué carajo ese día eligió al gordito bigotudo; habiendo por allí tantas otras víctimas potables. El tipo, tranquilo y bien trajeado no respondía al perfil clásico, ni entraba en ninguna de las categorías apuntadas.

Pensó, quizás, que allí podría enganchar una “opereta” de las grandes, de ciento veinte o ciento cincuenta. No había sido un día muy bueno. Era viernes, era de noche y en menos de dos horas la actividad bajaba lo suficiente como para ir pensando en volver otro día. De todas maneras, apuntó al gordo en cuanto lo vió y empezó a seguirlo. Se le acercó, como siempre, haciéndose el tonto, y empezó a darle charla. El otro contestaba con monosílabos y casi sin mirarlo. Así estuvieron un rato hasta que se hartó y decidió tomar el toro por las astas. Se le cruzó por la cabeza que, o se jugaba fondo o se borraba, y chau hasta mañana. Decidió jugarse.

Y se equivocó.

Lanzó su discursillo con el modo de actuación cansino y lento que reservaba para los casos de señoras mayores o tipos difíciles, como este.

Para su sorpresa el otro picó. No lo podía creer. Sacó dos bolsas (cien/ciento veinte pesos) y el gordo sonrió e hizo ademanes manifiestos de estar de acuerdo. Se venía la segunda fase. Lo pudo convencer que revisara todo y que averiguara los precios para proveerse del mínimo margen de tiempo que necesitaba para el cambio. Generalmente no era ostentoso, pero viéndola tan fácil no se movió del lugar y en cuanto el

punto se alejó un poco, se agachó a manotear en el bolso las cajas falsas.

En ese preciso momento, sintió como una pesada tenaza que lo agarraba por el cuello desde atrás inmovilizándolo y una robusta pierna que le aplicaba dolorosa parálisis. Cayó de bruces quejándose de dolor, perplejo por el artero ataque. La mano en el cuello no aflojaba y lo tenía tomado de tal manera que por más que se esforzaba en mover los brazos para defenderse, no lo conseguía. Los dedos no le respondían y se mantenían agarrotados alrededor de las manijas de las bolsas que contenían basura.

Luego de algunos segundos percibió al gordito parado frente a él. Veía los zapatos y las botamangas de los pantalones.

- Aflojale un poco, Mudo - oyó

La poderosa mano aflojó la presión; pudo levantar un poco la cabeza y vio al otro de cuerpo entero esgrimiendo un par de esposas.

- Sacá muy despacito eso que estás agarrando y levántate, maricón.- oyó

El Flaco se incorporó lentamente y alzó las manos. En menos de un segundo sus muñecas estaban esposadas y las pruebas del delito en manos de su captor, quien procedió a revisarlas, desparramando en el piso lo que contenían.

Recién entonces se dio cuenta que estaba perdido.

II

Calculé que hacía más de tres horas que estaba solo en la sucia habitación. Primero me pegaron un poco, después me ataron a la silla y se fueron. No entendía por qué no me llevaban en cana de una buena vez. Me dolía todo y estaba empezando a sentir hambre y ganas de hacer pis.

- Soy un boludo.- pensaba - Soy un tremendo pelotudo... Tendría que haber aflojado hoy... ya me parecía que el quia no era punto... Que boludo!!... Cuando zafe de ésta, si zafo, me voy a dedicar a otra cosa... Esto no va más. Por unos sucios cincuenta u ochenta mangos uno se expone a que lo caguen a trompadas y a comerse de seis meses a un año de gayola... Yo ya no estoy para eso... Ya basta... Puta, si pudiera rajarme... Qué fuerte me ató el gigante ese... me duele todo... Necesito un boga... El Pelado!!... Tienen que dejarme que lo llame al Pelado... El me saca... Que los parió! -

Pasaron casi dos horas más y de pronto, se abrió la puerta, y aparecieron los mismos dos tipos.

- Flaco... - dijo el gordito, con una mueca que quería ser sonrisa - Lamento decirte que sos boleta.
- Eh?... Qué?... Boleta?... Y por qué?... -
- Parece que tenés podridos a todos aquí, en el aeropuerto... y como caíste sin testigos, se decidió que sos boleta.
- Nooo... Por qué !!... No entiendo... No les hice nada... Yo no ando con fierros... con frula... nada... Por cincuenta u ochenta mangos?... qué les pasa?... Dios !!! .
- Cerrá la puerta, Mudo.- dijo, muy serio.

El grandote giró, cerró la puerta y se instaló, de guardia, delante de ella. La tapaba.

- Vos sabés en dónde estás?

- No

- Seguí en Ezeiza

- ¿...?
- No entendés, no?
- No
- Te explico. Ahora, agarramos, te metemos en un auto, te boleamos y te tiramos en el bosque de acá cerca...
- Pero... Si yo no hice nada!!... Nada como para eso !!... Soy un simple ratero que se hace el mango con algunos boludos y nada más... - Y me puse a lloriquear.
- Boludos, eh?... Boludos te voy a dar! Sabés que cagaste a la esposa de un ministro la vez pasada? Eh? Sabías? - Y me tiró un cachetazo.
- Ay!... No... No sabía...
- Bueno, pues andá sanbiéndolo. Desde entonces te seguimos... La esposa de un ministro!... Infeliz!!
- Y qué iba yo a saber... Quizás era como todas. Una vieja copetuda que quiere aprovecharse de la oferta... codiciosa... corrupta... - traté de explicar.
- Callate, gil. Con ese “trabajito” nos pusiste a toda la plana mayor del servicio encima nuestro. Nos hiciste laburar... Carajo!
- Pero no hice nada como para que me maten! - grité, desesperado.
- Te explico. Parece que al marido de la “vieja copetuda” no le cayó nada bien tu jodita Y resulta que es nada menos que... Ehem!, no te lo puedo decir... El caso es que estás rejodido, macho.
- Paren!... Déjenme hablar con mi abogado...
- Abogado? - Risas. Más que risas, fueron carcajadas de los dos.
- Ja! Ja! Ja!... Abogado!... Sos más boludo de lo que parecés... Abogado... Ja! Ja! Ja!
- Sí. Abogado. Estamos en democracia y yo...- Traté de argumentar.

- Democracia, las pelotas. Para vos no hay democracia... Vos te la comés mosca, y chau.

- Noo!!...De... Denme una o...oportunidad... A... Algo que p... pueda hacer... P... Por f... favor - tartamudeé.

- No sé... - se miraron, cómplices; y agregó - Salvo que...

- Qué?... Salvo que qué? - pregunté con desesperación.

Más miradas cómplices

- Mirá. - dijo finalmente el gordito - Parece que el tipo; el ministro digo, te hizo investigar y sabemos que en una época hiciste de mulita para no sé que narco macho. O no?

- Sí. Pero ya fui en cana por eso. - confesé

- Lo sabemos. También sabemos que sos bastante bicho en eso de pasar por las aduanas y llevar cosas escondidas.

- Y... si... digo... No, no.

- Bueno. Entonces decime cómo mierda hacés para pasar por los preembarques y entrar y salir del aeropuerto sin ningún quilombo... - gritó.

- Eh?

- No te hagás el boludo. Mirá, Flaco. Algún sistema tenés, y quiero saberlo...

El tono no dejaba lugar a dudas. Si no me entregaba, estos huachos eran capaces de freírme allí mismo. Hice un movimiento lateral con la cabeza y, mirando al piso dije:

- Y... Siempre hay fallas en los controles. Si uno quiere, pasa cualquier cosa. Hay que saber elegir a los vistas y a los guardias... Que se yo... Yo me cuelo y chau...

No me dejó terminar. Me agarró muy fuerte un mechón de pelo y tiró hacia atrás.

- Te creés que soy idiota, eh?... Vamos, largá... Cómo pasás las cosas, eh?

- Ay!... pare!... Nunca traía demasiado. Tenía la consigna de que si se me ponía difícil la "pegaba" en otro...

- La pegabas? Qué es eso?

- Y... Ponerle el paquete a otro... cualquiera... en el bolsillo, o la valija y pasar... después...

- Después qué? - Otro tirón.

- Ah!!... Después se la quitaba al tipo. No siempre. Solo lo tuve que hacerlo dos veces. En la última me chaparon... Fui en cana...

- Ya lo dijiste.

- Fui en cana por robo, pero me caratularon por posesión... Me vendieron

Esta vez me retorció una oreja

- Para quién trabajás?

-Ay!!... Para nadie... Para nadie!!... - grité, y me soltó.

- Es mejor que no nos mientas.

- No... No miento. Trabajo solo.

- No te creo. Dónde aprendiste?

- Aprendí en la cárcel, y como no hay laburo, yo...

- Vos vas y cagás a las mujeres de los ministros, y nosotros tenemos que laburar... - Me tiró un cachetazo leve y giró hacia el mastodonte -... Soltalo, Mudo.

El gigantón con cara de oso, se acercó y en dos hábiles pases de mano soltó las sogas que amarraban mis manos a la silla y me alzó de la solapa de la campera, sosteniéndome casi en el aire.

- Desvestite - ordenó el otro.

- Noo... Noooo!!

- No te vamos a hacer nada... Todavía... Desvestite.

El Mudo prácticamente me arrancó la campera y me empujó, dando a entender que la cosa iba en serio.

Comencé a sacarme la ropa y a entregarla al adusto gigante que la recogía prenda por prenda. Cuando quedé en calzoncillos, los miré.

- Todo - ordenó secamente el gordito.

- Pero...

- Todo, Flaco, vamos. Vamos!

Me saqué los calzoncillos esperando lo peor; aunque en esas circunstancias no estaba muy claro qué era lo peor. El gordo fue a un rincón, levantó una manta sucia y deshilachada, y me la arrojó.

- Tapate. Sos una vergüenza.

Me arrojé con la manta y quedé mirando a uno y a otro sin comprender por qué me trataban así.

- Mirá, Flaco. Allí atrás hay un baño. Hacé lo tuyo. Te aclaro que de acá no salís. Ya venimos.

Se fueron, dejando la puerta bien cerrada por el lado de afuera con varias vueltas de llave.

No atiné a nada, y sin querer, me meé encima, sintiendo que las piernas se me aflojaban para caer de bruces sobre mi propio orín.

Estuve así un rato, temblando de miedo y de frío, hasta que pude reaccionar y levantarme para ir al baño. Era una especie de toilette donde guardaban algunos cepillos, un balde y trapos de piso. El lavatorio tenía una sola canilla y en la pared, a la altura de la cabeza, había un caño incrustado. Busqué la canilla que correspondía al caño y la abrí. Salió un tímido chorro de agua fría que salpicó todo. Tomé valor y me metí debajo, frotando todo el cuerpo y tragando ansiosamente el agua que chorreaba por mi cara. Me sentí algo mejor. Cerré la canilla y me sequé con uno de los trapos. Recogí la manta, me envolví en ella y regresé temblando al cuartito. Buscando calor, me acurruqué en un rincón y me quedé dormido.

Soñé con unas grandes aves rojas que volaban sobre una laguna negra, que de cuando en cuando emitían un sonido parecido a “Frak” “Frak”, y se reían. En otro momento, de un bosque muy oscuro y denso, salían unas abejas enormes y

zumbonas que pasaban como flechas alrededor de mi cabeza, pero no me tocaban. Después, un fuego muy grande, en el que se quemaban montañas y montañas de libros y afiches con las fotos de mis artistas preferidos, se convertía de pronto en un iceberg y sentía mucho, pero mucho frío.

Me desperté tiritando y enceguecido por la bombita de luz que colgaba del techo. Pensé en el fuego y traté de encontrar la manera de calentarme con algo, pero no había con qué. Caminé hasta el baño y abrí la canilla del lavatorio inclinándome para beber.

- El flaco puto se lavó?.

La voz me sobresaltó. Giré y me encontré al gordinflón parado en la puerta del bañito.

- Vení, mariquita. Vení acá.

En la habitación estaba el gigante junto con otro tipo con cara de desagradable pero muy bien vestido. El Mudo traía un montón de paquetes y bolsas de compras que arrojó al piso a mis pies.

- Vístase - Ordenó el nuevo personaje.

Tomé un paquete al azar, lo abrí, y encontré un buzo azul que me puse apresuradamente. El Mudo, en un rasgo de gentileza, abrió dos paquetes más y sacó unos jeans, unos calzoncillos, medias y unas zapatillas blancas. Me los puse. Todo me quedaba perfectamente. Si estos me van a matar, por qué me traen tanta ropa - Pensé.

El nuevo metió la mano derecha en el bolsillo del saco y extrajo un sobre que tendió al gordito.

- Tomá, Pato. Tené esto. Yo hago dos preguntas y me voy.

- Bien señor. - Dijo El Pato en tono militar.

- A ver... Vos... Tomás droga?

Cagado de frío y asustado, no me di cuenta que el otro hablaba. El Pato me pegó una trompada en la cabeza.

- Te hablan, maricón -
- Eh?... Ah!!... Si...
- Dije si tomás drogas - Insistió el bien vestido.
- N... No, no
- No qué... - gritó El Pato aplicando una segunda trompada
- No... No tomo drogas...

Trompada

- ... señor...
- Tenés alguna enfermedad de esas ?... Sida... Vos sabés...
- No... No, señor... No.
- Bueno. Sirve. Aleccionalo y llamame.
- Si, señor. - confirmó.

El petimetre giró marcialmente y salió del cuarto cerrando la puerta con un golpe seco.

- Recogé todo eso y seguime...- ordenó El Pato, señalando los paquetes- Vamos a otra parte.

Agarré todo como pude y seguí al gordito fuera del cuartucho escoltado de cerca por el enorme Mudo.

Recorrimos unos pasillos y entramos en una oficina luminosa y acogedora amoblada únicamente por un escritorio y tres sillas azules.

El Mudo salió, volviendo a los pocos minutos con una bandeja con comida que puso secamente sobre el escritorio. No esperé a que me dieran permiso. Me arrimé a la mesa y atacé la vianda.

- Parece que la mariquita tiene hambre - acotó El Pato sonriendo.
- Perdón - dije, con la boca llena.
- Dale. Comé nomás. Quizás esta sea tu última cena.

Por la ventana entraba el sol de un cálido mediodía de otoño de 1999.

III

- Sé que debe ser muy raro para vos, pero nosotros no somos canas. Somos “servicios”. Entendés? Estamos en cosas que no tienen nada que ver con el trabajo de la yuta. Nos manejamos con otros temas. Eso te beneficia. Si hubieras caído en manos de ellos, a esta altura estarías engayolado sin remedio. Con nosotros tenés una mínima oportunidad de pagar la cagada que te mandaste... Mirá que “trabajar” a la esposa de un ministro!!... Esa habilidad tuya para colarte, sumada la hecho que te parecés bastante al tipo anterior, hace que te pongamos en este trance de tener que viajar... Te gusta viajar?... Igual vas a tener que hacerlo. Si no, sos boleta. Mirá, a mi no me importa nada boletearte; ya lo hice varias veces. Nos hiciste laburar doble porque teníamos que ganarle de mano a la cana, que ya te tenía en la mira. Ustedes los escrucantes y malandras son todos idiotas. No se dan cuenta cuando los siguen, y le dan y le dan, hasta que caen sin remedio... Son giles... Giles de cuarta. Tenés que agradecer que seguís vivo... Por ahora... El Chanco que viste es muy pero muy capo. Cercano al ministro... Ese al que le trabajaste a la jermu... Te vió y avala todo. Hasta te compró ropa y todo lo que necesitás. Si nos cagás; si nos trampeás; o te hacés el piola; sos boleta en serio. Es mejor que lo creas. Que te lo metas bien adentro en esa bolsa de sesos que tenés por cabeza. Entendiste?

- S... Si - respondí bastante asustado . El Pato siguió hablando.
 - Te voy a explicar lo que tenés que hacer, de una sola vez. Y es mejor que lo entiendas... Estamos?... Tenés que llevar un paquetito allá... al lugar ése en el que se están cagando a cuetazos... estee... cómo es?...

- Yugooslavia - aclaró roncamente El Mudo.

- ... Eso, Yugooslavia... Salís esta noche en avión a... Pará... - sacó del bolsillo el sobre que le había dado el jefe, lo abrió y

leyó algo en un papel colorado-... a Tenerife. Vas a cambiar de avión y te vas a Grecia, allí te subís a un tren, del tren vas a un barco, y del barco saltás a un ómnibus que te lleva a... a...

- Belgrado - acotó otra vez El Mudo.

- ... Belgrano. Entendés?

- Sí, Belgrado - dije.

- Todo lo que tenés que hacer es entregar el paquetito...

- Sí.

- Ahora, me vas a repetir todo lo que te dije. Cada vez que te equivoqués, te vamos a fajar. Dale.

Repetí lo que me había dicho desde el principio mismo, y me comí un par de piñas cuando dije Canarias en lugar de Tenerife y Belgrado antes que Yugoslavia.

- Otra vez. Repetilo otra vez.

Volví a empezar, tratando de no confundir Belgrado con Yugoslavia ni Tenerife con Canarias.

- Bueno. Demás está decir que si se te ocurre saltar de un avión, rajarse en alguna escala, o simplemente pensar que te podés escapar, sos boleta. Te vamos a buscar, y te quemamos allí donde te encontremos. Además, ni se te ocurra llamar por teléfono a nadie de aquí. Todos los que conocés están intervenidos. Tu contacto en Grecia es una mina. Es mejor que sepas que se llama Aetna y que sabe todo lo que hay que saber sobre este trabajito. Pero ni una palabra más. Vos no hablás. Estamos?

- Estamos...

- Aetna te va a estar esperando en el aeropuerto de Atenas. De ahí en más, hacés todo lo que ella te diga. Sin preguntas ni quilombos. Van a tomar un tren, y te va a dejar en un puerto donde te vas a embarcar para Yugoslavia. Ella maneja, entendiste?

- Cómo la reconozco?

El Mudo me agarró por el cuello, desde atrás y El Pato me acercó tanto la cara que percibí su aliento a pucho y vino.

- Ella te va a reconocer a vos, gil!
- Bueno...
- Claro que bueno. Lo único que te voy a decir es que es joven...

El Mudo aflojó la mano y me dio un leve cachetón en la cabeza.

- Y no te hagás ilusiones - siguió El Pato sonriente - Es trola, casi un macho. Tiene una larga lista de boletas de giles como vos...
- Yo no dije nada...
- Callate... Callate y escuchá. El viaje entre el puertito y... como es?... corre por cuenta tuya. No podés tardar más de un día y medio entre que desembarques y llegues a... Belgrado. Está claro?
- Sí.
- Sí, qué?
- Sí... Está claro.

El Mudo me dio un coscorrón con el puño cerrado:

- Sí, señor!
- Sí... señor....
- De todas maneras, y por las dudas, cuando llegues al aeropuerto, te ponés esto.

Me tendió un escudito celeste y blanco que decía "Racing" en la parte superior.

Qué ironía... El escudo de la gloriosa Academia como distintivo para un tonto que iba a hacer de "mula" por obligación. Tantos años de tribuna, de alegrías, de amargas, de ansiedad por la quiebra; para terminar luciendo los colores de mi vida con un sentido tan disparatado. Debo haber puesto alguna cara muy especial, porque El Pato se dio cuenta y dijo:

- No me digás que sos hincha de Racing....
- Sí - dije con un hilo de voz.

Bajó la cabeza y se quedó mirando el escudito.

- Yo también. - confesó, en voz muy baja.

Fue la única vez que demostró alguna emoción. Busqué sus ojos, pero estaban muy quietos mirando el piso.

- Qué va hacer... - agregó, tristemente. Se recompuso enseguida devolviendo a su rostro la fría mirada de siempre -. Te lo ponés... y chau... - y me lo tiró a la cara.

- En este sobre - continuó - hay unos mangos y los pasajes. También hay un pasaporte a nombre de Gustavo Lodazo... que venís a ser vos. Cazás?

Lodazo... Yo tenía un compañero de primaria que se llamaba Lodazo. Eramos amigos. Jugábamos juntos a las figuritas... a afanar el kiosco de La Gorda... A tantas cosas... Qué habrá sido de él..?

- Oíste? - me sacó El Pato.

- Sí... sí.

- Repetímelo.

Le repetí todo, menos lo último pues estaba distraído pensando en Lodazo.

Trompada.

El vuelo me sirvió para comer, cagar y descansar. Pero no pude, ni quise, pensar en ninguna de las cosas que había vivido en esas últimas horas. Estaba agotado y casi feliz de estar solo... y vivo.

Confieso que tuve ganas de bajar en Tenerife y salir cagando, dejando todo atrás. No lo hice porque, fundamentalmente, soy un cobarde.

Cambié de avión mansamente; siguiendo al pequeño rebaño que hacía el mismo viaje que yo. Escaleras, pasillos, salones fríos amoblados con sillas de plástico y máquinas expendedoras y al final, otro avión. Otro tubo metálico lleno de asientos incómodos y olor a alcohol de quemar y comida insulsa.

En un kiosco compré un sandwich y una lata de gaseosa pensando que era mejor comer eso que la basura que te dan abordo. Un viejo chiste de aeropuertos dice que la comida de los aviones se reconoce por su aspecto: Si es roja, es carne; si se mueve, es sopa; si está envuelto, hincale el diente; si es gris, abstente. Nunca me hizo gracia.

El tramo a Atenas fue tan largo y tedioso como el anterior. Sin película, sin whisky y sin la antigua fantasía que dice que las azafatas son todas monas, simpáticas y putas. Estas no tenían ninguna de las tres cualidades. Bah! al menos no tenían las dos primeras. De la tercera no me ocupé realmente.

Me senté, incómodo, como es de uso en esos medios de transporte y manoteé la revista que aparecía en el bolsillo del asiento de adelante. La ojeé distraído, pasando las páginas llenas de estúpidos avisos pletóricos de pendejas semidesnudas que anunciaban cosméticos o marcas de yogur y muchachones demasiado lindos para ser varones, ofreciendo servicios bancarios, ropa, o las mismas marcas de yogur. Lo editorial, banal y poco interesante. Notas insulsas, poco serias, mal informadas. Lo mismo que en cualquier otro medio de cualquier otro país del mundo. Un título me atrajo un poco más y leí:

“ Yugoeslavia - (De nuestro enviado especial) - Aduciendo un escarmiento de contenido humanitario, la OTAN (Organización del Tratado del Atlántico Norte) formalizó, esta semana, sus constantes advertencias al régimen yugoeslavo de S. Milosevic (52) (Nunca entendí por qué ponen la edad de cada personaje que nombran) atacando con bombas y misiles inteligentes blancos militares cercanos a Belgrado. La Alianza Atlántica, la mayor concentración militar en toda la historia de

la humanidad, pone así en movimiento su poderosa maquinaria bélica intentando forzar a Milosevic a retirar sus fuerzas de Kosovo - provincia musulmana y con gran porcentaje étnico albanés - y a concluir con la fuerte represión de su gobierno contra los independentistas locales. La acción yugoslava ha provocado, ya, el éxodo de más de medio millón de refugiados que se concentran en campos detrás de la frontera albana. Mientras tanto, los bombardeos arrecian sobre Belgrado, Nis, Novi Sad..."

No leí más. Hijos de puta. Miren a qué lugar me mandan.

Cerré la revista y la arrojé al piso. Crucé los brazos, me acomodé de costado e intenté dormir.

Comenzar a bajar en Atenas fue un pequeño placer. Eran las diez de la mañana, hora local, hacía veintitrés grados, el cielo despejado, y yo había pasado una noche de mierda.

Otra vez las escaleras, los pasillos, los salones, la aduana y los mostradores de inmigración.

- Saka maka, plaka (que en griego debe querer decir: "Qué lleva ahí?") - me dijo un vista señalando el paquete.

- Un paquete - contesté.

- Pakete?... - dijo y me hizo señas que siguiera.

Afuera, la gente hacía lo que hace siempre en las llegadas. Gritan, se besan, se buscan con la mirada dando pequeños saltitos y agitando las manos.

Uy! carajo! Me olvidé del escudito. Manoteé en la bolsa, lo encontré y me dediqué a abrocharlo en la campera. Cuando levanté la vista, observé una gordita muy risueña que me hacía señas desesperadas desde el sector del público. Miré

hacia atrás, en gesto típico, para confirmar que era a mí, y me dirigí a ella.

- Aetna? - pregunté.

- Ji... Ji... Ji... - fue toda la respuesta.

Me agarró de una mano y salió corriendo hacia los portales de vidrio.

Cagamos - pensé - es idiota y además no habla castellano.

Corrimos por la playa de estacionamiento y nos subimos a un taxi que partió sin recibir ninguna instrucción o dirección.

La gorda no dejaba de sonreír, y me miraba constantemente con unos ojos redondos, negros y muy brillosos.

El tachero manejaba como el culo; acelerando y frenando como un poseído, y tratando de avanzar en medio de un tráfico infernal. La gordita sonreía; y yo trataba de mirar el paisaje con la absurda ilusión de distinguir, en algún momento, alguna de las magnas ruinas que ofrecen la historia y los folletos turísticos. No vi nada.

Frenamos en la puerta de un edificio pintado de celeste y amarillo que tenía todo el aspecto de ser otro aeropuerto o una estación terminal de ómnibus. Era la estación de trenes.

Otra vez a correr por pasillos y salones, hasta que llegamos a un andén en el que esperaba un tren pintado de azul oscuro.

Por supuesto, corrimos a lo largo de los vagones, hasta que la mina encontró el que nos correspondía. Subimos. Ahora corríamos por el interior del vagón. El último compartimento era el nuestro. Entramos y me despatarré agotado sobre uno de los asientos, tirando la bolsa sobre el otro.

Ella desapareció.

Concha de su hermana!... Gorda pelotuda... A dónde fue?... Dónde me bajo?... Qué hago?

Un silbato, un sacudón y comenzamos a movernos lentamente. En menos de un minuto, avanzábamos traqueteando por el descampado; llevando a bordo un flaco idiota - que soy yo -, incapaz de resolver qué hacer.

Ma sí! - pensé - Que sea lo que Dios quiera... - y me acomodé en el asiento.

El tren atravesaba una planicie gris verdosa, que se elevaba hacia lo lejos, descubriendo poco a poco una colina agreste y rocosa sobre la cual se adivinaban algunos edificios blancos. Ibamos en esa dirección, por lo que la colina y los edificios comenzaron a verse cada vez más grandes y más nítidos.

- Qué lo parió - me oí decir - La Acrópolis!... Existe!... Qué bella es!... Qué lo parió!... (esto lo pensé)

El sol le daba de lleno, y los monumentos brillaban como sonriendo; expresando en todo su esplendor la ironía de estar aún allí.

En eso, se abrió la puerta del compartimento y apareció la gordita pelotuda, sonriendo como siempre.

- Acrópolis... - señaló.

- Ya sé, boluda - pensé. Pero dije: - Sí...

Se sentó enfrente y me miró a los ojos sin dejar de sonreír. Le devolví la mirada con cierto asco y giré mi cabeza hacia el paisaje que comenzaba a desaparecer en virtud de las curvas que marcaba la vía.

Absorto, casi no noté la cercanía de la naifa que, suavemente, se ocupaba de separar mis rodillas. Avanzó sus manos lentamente a lo largo de mis muslos abiertos y, en un hábil movimiento, recorrió el cierre del pantalón. Escarbó dulcemente y extrajo lo que nunca fue mi orgullo, aplicándose inmediatamente a ejecutar un solo de quena.

Era buena la guacha. Poco a poco, la tarea comenzó a dar sus frutos provocándome, además, un poco de inquietud por si llegaba a entrar alguien.

- "Ella maneja, entendiste?" - resonaban en mis oídos las palabras de El Pato - Así que la dejé manejar nomás, pensando: Si esta mina es trola, yo soy Gardel. Cuando creyó que había rigidez suficiente y sin soltar el instrumento, se paró y se bajó los pantalones, girando y ofreciendo frente a mi rostro un culo redondo, blanco y ciertamente muy apetecible. Se acercó más y con gran precisión, colocó lo que había que colocar, donde había que colocarlo, arrancando a mi quena sonoras notas de placer.

Por fin llegamos al puertito, después del largo concierto en el tren. La gordita se encargó de organizar la continuación de mi viaje. Me trajo unos papeles, me señaló un barquito y se puso en puntas de pie para despedirme con un beso.

- Ji! Ji! Ji! - dijo como despedida.

Subí al lanchón - que no era más que eso - y la vi en el muelle, agitando su regordeta mano diciendo adiós.

De cómo resultó el resto del viaje, mejor no hablo. Baste imaginar que se pareció a una mezcla de paseo por El Tigre en lancha colectiva, combinado con un periplo a La Plata en nuestros viejos ómnibus. Las mismas incomodidades, la misma baranda, la misma mala onda en el chofer, en los pasajeros. El mismo infaltable viejo borracho y oloroso, que se te sienta al lado, pretende darte charla y te convida con salame, mandarinas y pan. Claro... éste es un país en guerra, la Argentina no...

El hecho es que llegué a destino una tarde de mayo, gris y húmeda. La ciudad estaba muerta, rota, desalmada. Ni carteles, ni luces; ni gente por las calles. Y no era domingo.

IV

- En el momento que llegues a Belgrado, te comunicás con este número (me tendió un papelito), que debés memorizar (me quitó el papelito). Ahí te van a dar una dirección. Esa dirección es nuestro principal contacto. Se llama Abbal; así, con dos "be". Le entregás el paquete y listo. Sin hacer preguntas. Entendiste?

- Sí, entendí.

- A ver, repetímelo.

Otra vez. Repetí todo, y agregué:

- El número, dejame leerlo.

- Sos lento, che. Tomá - me tendió el papelito.

- Es muy largo. Dejame anotarlo.

- No, memorizalo.

- Está bien, esperá.

Me sacó el papelito. Sólo retuve cuatro de los ocho números.

- Repetímelo.

- No puedo.

Me dio un cachetazo.

- Dale.

- Seis... ocho... cuatro... tres...

- Siete ocho seis nueve - agregó junto con otro cachetazo.

- Ay!... Siete, ocho... seis... nueve...

- Bien. Abbal, que es un capo. Entendés? Un capo... te va a recibir en su oficina. Acordate, en la oficina. No podés llegar antes de las tres de la tarde ni después de las cinco. Le entregás el paquete y chau. Listo?

- Listo.

- Abbal no te va a dar ninguna nota, ni nada. Una vez que lo veas, terminaste. Estás libre para volver.

- Y cómo?...

- 41
- Volvés.
 - Cómo?
 - Ya vas a saber cómo...
 - Abbal?...
 - Sos gil. No te digo que Abbal es un capo. No te va a decir nada... Nada te va a decir.
 - ¿...?
 - Volvés.
 - Está bien - me resigné.
 - Claro que está bien. Dale, meté todo en el bolso que salís ya.
Desarmé algunos paquetes, y tiré todo dentro de la bolsa. Acomodé el pasaporte y la guita en uno de los bolsillos y corrí el cierre de un tirón.
 - Vamos - Apuró El Mudo tironeándome de la solapa.
Salí trotando en medio de los dos, terminando de enganchar la bandolera del bolso y pasándola por mi hombro izquierdo.
 - El paquete, boludo.
 - Está en el bolso.
 - Seguro?
 - Sí, seguro.
 - Mirá que si lo perdés...
 - Ya sé... soy boleta.

No es que tuviera frío. Es que el cagazo te hace tiritar como si algo helado te calara desde adentro, provocándote temblores en todo el cuerpo.

Caminar aquí se hace difícil. Ni qué decir si uno tuviera que hablar. Suerte que yo no entiendo una bosta y ellos a mí, menos.

Cuando se hizo de noche, fue como si cayera una manta negra sobre toda la ciudad. Los sonidos quedaron apagados, los rostros se pusieron tensos, y unas luces mortecinas, sordas, azules, marcaron insuficientemente el sentido de las calles.

Pesados cortinados cubrían todas las ventanas, y no se veían más autos. La gente caminaba agachada, tapándose la cabeza con las manos o con lo que llevaran en ellas. Como si lloviera. Pero no llovía.

La noche. La puta noche.

Y ahora, qué.

Me mandé varias veces el ritual de entrar en una cabina telefónica e intentar marcar el número que tenía registrado en la memoria... seis ocho cuatro tres... Entonces salía una voz que repetía en tono hueco e impersonal una frase que no entendía. Siempre la misma voz, y siempre la misma frase. Después, un click, y el sonido monótono del tono de ocupado, y nada más. Una y otra vez.

Otra cabina y recomenzar la frenética pulsación de números. Nada.

Tres veces, en otras tantas cabinas. Nada, nada, nada.

Caminaba, yo también, tapando mi cabeza con el bolso; tratando de acostumbrar mis ojos y mis pies a la penumbra y a la veredas destruidas.

La sensación de estar parado en el medio de un blanco militar no es muy recomendable para quienes sufrimos de cobardía crónica. Y eso que me crié en un hogar de valientes. Mis viejos eran de esa gente que llegó nadando desde la España post franquista y se abrió camino en Argentina a puro sudor y sufrimiento. La vieja planchaba mis delantales de colegio a la medianoche porque no tenía tiempo de hacerlo en otro momento; y el viejo saltaba de la cama a las tres de la mañana y, casi sin hablar, se vestía, preparaba su desayuno y se marchaba a hacer changas hasta las cuatro o cinco de la

~ /

tarde; en que regresaba para ayudar a mi hermano mayor con el pequeño tallercito que ambos habían armado en el galpón de la esquina.

Yo me la pasaba potreando por ahí. Volvía de la escuela, sucio y desaliñado, a escuchar el diario "dónde te metiste hoy?" de la vieja furiosa. Sacarse el delantal, arrojarlo en una tina - total, a la mañana va a estar limpio y planchado otra vez - y rajar al potrero.

Esta noche no se parece en nada a aquellas noches otoñales de Ituzaingó, en que se respiraba un aire fresco que olía a puchero y almidón; en que el sonido de los martillazos del taller se modulaban con el grito de un búho que nunca pude ver. Aquí no hay almidón, no hay martillazos, no hay búhos. No hay nada. Se percibe, más que se oye, el lejano ulular de una sirena; y se presiente, más que se siente, la tensión, el miedo, la angustia.

Adónde voy ahora?- pensé. No me jode dormir en la calle. Ya lo hice tantas veces... Lo que me jode es dormir en "estas" calles. Me da miedo. No quiero estar aquí. Tengo, otra vez, esa horrible sensación de desamparo que sentí entonces. Cuando Ituzaingó terminó. Cuando todo se fue al carajo.

Mi hermano era bastante mayor que yo. Tenía el pelo enrulado y grueso, los ojos saltones y francos, y las manos rugosas y fuertes. Un día lo llamaron a la colimba. Dejó el taller a un amigo, se puso el uniforme, y se fue. Nunca más lo vi. Meses después llegó la noticia. Cayeron dos tipos, una tarde, y de civil. Encararon a mi madre: - Hubo un accidente - dijeron. El muchacho está muerto - dijeron. - Pueden retirar el cuerpo de siete a catorce, en esta dirección - dijeron. Y se fueron. La vieja, pálida, muda. Recién cuando llegó papá se animó a llorar.

El viejo fue al taller a contarle al Toto, al amigo, lo que había pasado, mientras mamá me gritaba, entremedio de su llanto, que llamara a la tía Elisa. "Corré, corré", decía, como

si mi apuro pudiera cambiar en algo las cosas. Cuando pasé por el taller, vi que Toto y el viejo discutían. El muy hijo de puta gritaba "... Y bueno... eso me pasa a mí no por firmar papeles... Usted está borracho si cree que me voy a ir...", y el viejo suplicaba: "... No sé... Mañana... mañana... hablamos.... Mi hijo está muerto...". Como siempre, hice lo que no debía y me fui a buscar a la tía.

Cuando regresé, el mundo entero, mi mundo, había cambiado. El amigo de mi hermano le pegó a papá y el viejo murió de un infarto. La vieja no pudo soportar tanto dolor en un solo día y se encerró en su mente para siempre. La policía se llevó al Toto esposado, al día siguiente, y yo me quedé solo. Sin colegio. Sin barrio. Sin familia. Sin infancia.

Por eso... Una noche más a la intemperie... Qué me importa. Sólo que esta intemperie no es la misma que aquella de Constitución a Retiro. Acá bombardean. Dicen que cuando caen bombas y uno no tiene refugio, debe apartarse de los edificios. Buscar una plaza o algo así... No sé de dónde saqué eso, pero parece una buena idea. Es al revés que entonces. Allá había que buscar algún portal oscuro, algún terreno baldío, algún auto abandonado. Siempre aparecía el hueco. Dos cartones, un diario viejo, poner las monedas de la limosna en el fondo de las medias para que no tintineen y no te las quiten; y echarse de cara a la calle, agarrándose la cabeza. Como acá, como ahora, protegiéndose de lo que uno no sabe qué puede pasar, pero supone.

Vi una especie de claro, con una fuente seca y un árbol, y me dirigí hacia allí.

Había un par de bancos de piedra, vacíos. Un lujo. Cuando llegué, me avivé que debajo de los bancos dormían sendos tipos. Cagamos - pensé. No voy a pelear por este lugar. Me dirigí al árbol y me senté sobre una raíz, arrojando el bolso a mis pies y apoyando la espalda en el tronco. Ya había oscurecido totalmente.

Unos diez o quince minutos después, el cielo se iluminó en mil relámpagos y se oyeron unos sonidos cortos, secos, repetidos:

"Frak, frak... frak", al tiempo que unas luces rojas surcaban el espacio velozmente.

Temblé, tratando de medir la dirección de las inequívocas luces; adivinarlas, contarlas, protegerme.

Uno de los tipos que se refugiaban debajo de los bancos, se levantó y salió corriendo. Sin pensarlo demasiado, me tiré de cabeza al lugar, manoteando la bolsa en el mismo acto. Me tapé la cabeza con las manos y me preparé para lo peor. No pasó nada.

Así, acurrucado, me quedé dormido.

- Nadie te va a rescatar, tagarna - decía mi hermano con la cara ensangrentada - No te hagas el piola y ni se te ocurra discutir con un ofiche... y menos si está mamado. Mamados son peores. No razonan. Te quieren quitar el arma cuando estás de guardia, como chiste. Quieren hacerte pisar el palito para después encanarte. Así se divierten estos huachos... No caigás en la trampa, no soltés el Fal, agarralo fuerte. Aunque el hijo de puta ponga el dedo en el gatillo y te amenace con disparar. No aflojés... Un sonido fuerte, como de disparo, seguido de gritos, puteadas, y el silencio. Un oscuro silencio, pegajoso, líquido.

Tenía la cara mojada por un pequeño río de agua que pasaba lentamente debajo del banco.

Me incorporé intentando no hacer sonar mis flacos huesos entumecidos. Sucio y mojado. Había bastante luz, aunque estaba nublado. Tenía hambre.

Miré para todos lados buscando una orientación, quizás una señal, algo. La ciudad parecía igual que el día anterior. Los mismos gestos en la poca gente que circulaba, los mismos ruidos, la misma humedad pringosa, los mismos mosquitos ensañándose con mis manos y rostro.

A la derecha, me pareció distinguir un negocio y hacia allá partí.

Era una especie de kiosco-almacén-bar, ideal en mi situación. Entré.

Tenía un mostrador semivacío y algunos estantes, a los costados, acomodaban desordenadamente latas de comida, paquetes de pan, diarios, objetos de limpieza y muchos cartones de cigarrillos. En una de las esquinas del mostrador había una caja registradora muy vieja y en el otro extremo una campana cubriendo un plato con sandwiches. Avidamente me acerqué a la campana, miré a ambos lados y me preparé para el afano. Tuve un prurito de honestidad y me contuve, solté el bolso para golpear las manos y, antes que pudiera dar la primera palmada, apareció el patrón y me encaró.

No sé lo que dijo, pero entendí: "Qué quiere...?".

Señalé los sandwiches con una mano, mientras con la otra buscaba dinero en el bolsillo. Levantó la campana y me miró. Tímidamente agarré uno y lo saqué, al tiempo que mostraba un fajo de billetes. Sin dudar, tomó uno, colorado, y se dirigió a la caja. Yo, mientras tanto, mordía el sandwich con desesperación.

Me trajo el vuelto y se quedó mirándome.

- Greeko? - preguntó serio.
- Gracias - dije - Tiene un baño?
- Ah? - inquirió perplejo.
- Un baño... pis... mear... agua...

Se encogió de hombros y volvió adentro. Ahí reparé que había otra puerta sobre la que se veía un cartelito con la inconfundible silueta de la figurita "hombres".

En dos bocados más terminé el desayuno y me mandé al baño.

Era un sucucho, con un lavatorio y un inodoro que me hizo acordar a aquél de la jaula del aeropuerto.

Tenía agua, sin embargo, lo que era suficiente lujo para esa estupenda mañana en Belgrado.

Comido, bebido, meado y lavado; me aventuré a la calle cargando la sempiterna bolsa y sin saber qué hacer.

Si al menos supiera alguna palabra en este puto idioma - pensaba - podría preguntar dónde hay un hotel o algo así... Tratar de contactar con el famoso Abbal... Salir de aquí... Qué joder! Me estaba enojando conmigo mismo, con el mundo, con la puta suerte que me puso en esta instancia; mientras caminaba sin rumbo por la ciudad semidestruida.

Allá, una avenida arbolada, gente y algunos autos. Era un buen rumbo. En las avenidas siempre hay cosas importantes como oficinas, negocios, hoteles, algo así. Apuré el paso y me zambullí en medio de la muchedumbre que circulaba. Otra cabina telefónica. Probaré una vez más.

Nada. La misma cantinela electrónica y el mismo tono de ocupado.

Afuera de la cabina, un tipo de unos veinte o veinticinco años me miraba impaciente. Salí, y el joven casi me empuja para entrar él. Nos rozamos y me miró. Se quedó congelado, perplejo. Señalaba, mudo, el escudito que tenía prendido en mi campera.

- Ra... Racing? - balbuceó - Ar... argentino? - preguntó. Casi lo beso.

- Sííí! - grité - Hablás castellano?

- Sí, un poco... - dijo con muy fuerte acento eslavo.

- Ay! No sabés la suerte... quiero decir... Me alegro de verte... Podés ayudarme?...
- Racing! - repitió, tocando el escudo.
- Sí, Racing...
- Yo, hincha Racing, en Argentina... - y sonrió metiéndose en la cabina.
- Pará - lo saqué de un tirón - Cómo te llamás?
- Teléfono... no anda?...
- No - dije - Cómo te llamás?
- Tone... Tone Mosaic.
- Tone. Tone, me tenés que ayudar... - mi tono era suplicante.
- Qué?...
- Necesito comunicarme con este... un número... y los teléfonos no andan... Es muy importante.
- Teléfonos son rotos por bombardeos. Este no anda?
- No, no anda. Tengo que encontrar un tipo... e... un señor.
- Vamos hotel... allá... - y señaló hacia el fondo de la avenida.
- Vamos - lo agarré de un brazo y lo arrastré a grandes zancadas por las veredas rotas.

Caminamos algo menos de dos cuadras y llegamos a un edificio que alguna vez debió ser muy lujoso, pero ahora estaba arruinado y picoteado en todo su frente por gruesos agujeros de esquirlas.

Entramos, Tone se dirigió resueltamente al mostrador donde un tipo con cara de malo le salió al encuentro.

Discutieron unos segundos, y el muchacho me señaló varias veces, reforzando con mi presencia sus incomprensibles argumentos.

Tuvo éxito, porque el otro se agachó y extrajo de un cajón el teléfono y un pesado libracó que parecía una guía.

Tone se tomó la atribución de llamar primero. Habló unas cuantas palabras en su jerigonza y colgó. Luego me miró y señaló el aparato. Me acerqué y marqué.

- Hola - dijo una voz del otro lado.

- Ho... Hola... - contesté, trémulo.
- Diga! - ordenó la voz, en castellano.
- Hola... Soy... este... Vengo de Buenos Aires... Tengo que contactar al señor Abbal...
- No habla serbio?... - preguntó la voz.
- No - dije.
- A las tres en número sesenta y siete, primer piso - dijo y colgó.

Me quedé con el tubo en la mano, sorprendido, sin reparar que Tone se alejaba lentamente.

- Eh! Tone! - grité.

El muchacho giró y me sonrió.

- Pará... Te invito un café...
- Sí - aceptó, contento, de inmediato.

Salimos a la calle y me condujo, trotando por otras dos cuadras, hasta que llegamos a una esquina en la que había un par de negocios y una cafetería.

Era un negocio estilo Macdonald, con mesas de plástico, un mostrador muy largo, y cartelitos de colores con ofertas de diversa índole. Avanzamos por el mostrador, empujando sendas bandejas. Tone pidió café y algo más, y nos sirvieron una especie de churro redondo, o sea, unido por las puntas. Nos sentamos.

- Gracias, Tone. Si no te hubiera encontrado...
- No es nada - respondió, interrumpiéndome.
- Cómo es que viviste en Buenos Aires? - pregunté.
- Hace mucho... fui colegio...

Y así, de manera entrecortada me contó su historia.

Era hijo de un médico que recibió una beca, en 1989, para ir a la Argentina a perfeccionarse en técnicas quirúrgicas cardiovasculares y se pasó tres años allá con toda su familia; Tone y dos hermanos más chicos. El estaba en edad escolar, así que lo metieron en un colegio de Belgrano, donde aprendió castellano e inglés. Después se volvieron y en virtud a lo

aprendido en Buenos Aires, al padre le dieron un muy buen trabajo como profesor en el hospital-universidad de Nis, que es la segunda ciudad de Yugoslavia (como Rosario o Córdoba, me explica).

Hacía quince días, una bomba que cayó en el hospital, mató a su padre; a su madre, que había ido a buscarlo, y a su hermano menor. El y el otro hermano se salvaron porque estaban trabajando en el jardín de la casa con los preparativos para festejar el cumpleaños de cincuenta del papá. Vieron la explosión. Fue enorme. Al mediodía. Murieron muchos. Una tía los trajo a Belgrado. Aquí es peor.

- No entiendo esta guerra - interrumpí, realmente compungido.
 - Yo tampoco entiendo - agregó Tone mirando el fondo de su taza de café vacía.

- Cuántos años tenés?

- Diez y nueve - contestó, separando los números.

- Parecés mayor - dije, y me arrepentí inmediatamente.

Se quedó en silencio, incómodo, con ganas de irse.

- Te pido un favor más.

- Sí? - levantó la vista sonriendo.

- Explicame dónde queda esta dirección.

- Sí - dijo sacando un lápiz del bolsillo de la camisa.

Tomó una servilleta y me explicó con diagramas cómo podía llegar a la casa de Abbal.

- Es lejos - terminó diciendo.

- No importa. Tengo tiempo. Nunca te voy a agradecer lo suficiente. Anotame tu dirección y teléfono. Quiero saludarte cuando me vaya... y quizás, si me acuerdo, mandarte una postal cuando vuelva a Buenos Aires... - me reí tontamente.

Anotó unos números y una dirección en la misma servilleta, y me la tendió, parándose para irse.

- Gracias... Esperá... Tomá... - me quitó el escudito y se lo di. - Tenelo... para vos...

- Gracias... yo no...

- Tomalo... De todas maneras, Racing ya no existe más... Bajó a primera B... Quebró... Desapareció. Vos quizás lo recuerdes mejor que yo.

- Gracias... - repitió sin comprender. Agarró el escudito y salió apresuradamente.

Me recliné en la silla, satisfecho, y pensé en tomar otro café. Quizás, al fin y al cabo, podría completar la misión y volver a casa. No todo está tan mal, pensé.

Justo en ese instante empezó a sonar una sirena muy, muy fuerte, y todos los parroquianos del local se inquietaron y movieron con inusitada velocidad. Quise levantarme y salir, pero el estruendo no me lo permitió. Sentí como si una enorme fuerza me obligara a sentarme otra vez. Caí al suelo. Al cabo de unos segundos reaccioné y, sin pensar, corrí detrás de la gente.

En la calle todo era confusión y humo.

Un edificio distante unos cuantos metros se deslizaba hacia la calle en un lento alud de piedras y polvo. Unos corrían hacia allí. Otros huían del lugar, también corriendo. Todos gritaban y sólo unos pocos atinaban a hacer algo útil.

Desaceleré la marcha, sintiendo una tremenda opresión en el pecho y notando que estaba un tanto sordo.

Lentamente me fui acercando a las ruinas sobre las que ya se veían personas gritando y cavando desesperadamente con las manos. La montaña de escombros era impresionante. El humo y el olor distraían los sentidos de la infernal gritería y de los ayes de dolor que venían de lo que una vez fue un orgulloso edificio de cemento y ladrillos.

Me acerqué más.

Y la descubrí.

Allí, debajo de un pesado bloque de mampostería, asomaba ensangrentada, rota, una joven mano sosteniendo un trocito de tela celeste, quemado, y blanco, en el que se alcanzaba a leer "Rac...".

Caí de rodillas y, por segunda vez en los últimos veinte años, lloré amarga y desconsoladamente.

Luego vomité.

Después, mucho después, pude levantarme y salir de allí.

Caminé y caminé sin rumbo por la otrora lujosa avenida, tambaleándome, borracho de miedo, rabia y dolor. Por mí, por Tone y por todos los hijos de puta que provocan este infierno.

Las nubes de la mañana se habían despejado y brillaba un sol tímido y suavemente cálido.

Abbal era alto, viejo, pelado y maloliente. Vestía un pantalón gris muy arrugado y un chaleco, también gris, encima de una camisa sucia y ajada que alguna vez fue blanca.

En el cuarto no se podía respirar. Flotaba un asqueroso olor a mierda quemada mezclado con algunos vahos de aromas de maderas nobles. Todo salía de un bidón de doscientos litros, ahuecado en la parte de abajo y con un caño informe arriba que hacía las veces de estufa y cocina del miserable ambiente.

En un rincón, rodeado de libros y paquetes de revistas viejas, se adivinaba una tabla sostenida por caballetes y cubierta de papeles sucios y sobras de comida.

No me saludó. Se acercó al bidón y avivó un poco el fuego con un grueso alambre torcido.

- Bosta y caoba - dijo sin mirarme. - El mejor combustible y el más barato. Mierda hay en todas partes, y caoba... también. Ya nadie guarda los buenos muebles viejos y rotos. Los tiran. Buen combustible...

Debe haber adivinado mi cara de asco en la penumbra del cuarto, pues agregó:

- Ya se va a acostumbrar... Uno se acostumbra a todo...

- Señor Abbal...
- Cacho - me interrumpió.
- ... Cacho... Tengo aquí este paquete...
- Ah!... Carajo!... A ver... a ver...

Me arrancó el paquetito de las manos y lo miró fijamente haciéndolo girar para un lado y para otro.

- La puta madre que los parió... Y ahora se acuerdan... tres meses después...

Sopesó dos veces el envoltorio y decididamente lo arrojó al fuego.

Me salió un gesto de impedir lo inevitable, y un atragantado:

- Pero...

No me hizo caso y comenzó:

- La reputísima madre que los reparió... Malditos hijos de puta, conchudos y mal paridos... cagones retorcidos... pelutodos insignes... ladrones... turros...

Y siguió y siguió, todo el tiempo, mientras el paquete se consumía crepitando y lanzando alguna que otra chispita azul o verde.

- Qué... Qué había en el paquete?... - me atreví a preguntar.
- Ya no importa - contestó secamente. - Que se lo informen los hijos de puta esos... mal paridos... conchudos...

Y repitió toda la sarta de insultos, esta vez en diferente orden.

- Vea - dijo cuando se le acabaron los calificativos. - Ya está. No hay más nada que hacer. Yo voy a... esteee... salgo y vuelvo. Usted me espera aquí... O haga lo que quiera... Váyase... El asunto terminó... Haga lo que le parezca...

Sin más, encaró la puerta y salió, dejándome solo en medio del asqueroso vaho de la estufa. El paquetito se había consumido totalmente.

Al rato, a lo lejos, se oyeron unos disparos.

En ese instante supe que no iba a ver nunca más al horrible viejo.

Qué al pedo - pensaba. Todo al pedo... Y ahora?... Cómo mierda me voy de acá?...

Cavilando, malhumorado y, por supuesto, asustado, tomé la bolsa y me fui.

Afuera, la calle aparecía solitaria y sucia. Estaba templado, pero me corrió un leve escalofrío por el medio de la espalda.

Caminé un rato, entre acobardado y pensativo, hasta que finalmente me senté en una plaza, sobre un bloque de cemento desprendido del pedestal de una estatua sin cabeza.

No se veía a nadie cerca. Salvo una mujer, y dos chicos, a menos de cincuenta metros, que se acercaban lentamente.

El pendejo llevaba una pelota de fútbol entre los pies, y se empecinaba en correr y patearla, haciéndola rebotar en cuanto pedrusco y hierro retorcido se desparramaba por el suelo. Parecía sorprendido de los piques y rebotes de la pelota y le molestaba que, a veces, regresara girando alegremente a sus mismos pies. Más parecía odiarla y querer deshacerse de ella, que disfrutar con el inocente juego.

La madre caminaba lentamente, arrastrando de la mano una niña bastante menor que el pergeño de la pelota, que lloraba desconsoladamente y en silencio.

Se acercaban, así que me puse a mirarlos con descaro.

La mujer era rubia, flaca, con el pelo atado en un prolijo rodete, ojos celestes, tristes y la piel ajada por arrugas de sufrimiento.

No tendría más de treinta y cinco años, pero parecía de cincuenta. Algún detalle impreciso en la ropa me hizo pensar que quizás había disfrutado de un buen pasar en algún pretérito tramo de su vida. El porte y el andar eran exageradamente dignos y al notar mi presencia, se envaró aún

más pretendiendo, quizás, venderme una imagen que yo ya no iba a comprar.

El pibe pateó por enésima vez la "guinda" y esta vez logró que se elevara un poco en el aire cayendo a unos pocos centímetros de mi bolso. Estiré una pierna y la atraje hacia mí con la punta del zapato. El chico, que venía corriendo detrás, se frenó en seco y miró atónito a su madre. Con fastidio, ella se apuró un poco, lo tomó con la otra mano y me encaró decidida.

Mientras tanto, yo había dominado la pelota y tomándola con las manos, la tendía sonriente al chiquilín.

Ella me miró y dudó unos segundos:

- Spashmnn... (Quizás un "Gracias" en yugoeslavo) - me decía trémula.

Nunca fui bueno en idiomas, y menos aún en la jerigonza que se empeñan en hablar estas gentes.

- Tomá - le decía yo al chico, sonriendo.

Silencio, temor, ansiedad. Un deseo, compartido entre los cuatro, de que todo terminase rápidamente.

- Tomá - repetí. - Tomá la pelota... pequeño Maradona!...

Fue mágico. Una especie de "abracadabra" que cambió el semblante del grupo, y el rumbo de mi vida.

El pibe miró a la madre, la chiquita dejó de llorar, y ella se sobresaltó. Abrió los ojos muy grandes, azules, secos, la piel de las mejillas se estiró un poco y tomó cierto tono rosado pálido. Torció la boca y tartamudeó:

- Es... Es... argentino?

Ahí fui yo el que perdió la compostura.

- Qué? - pregunté azorado.

- S... s... sí... es argentino?...

- Sí... Sí... soy argentino... Vos?... digo... Usted?...

Qué pelotudo! Mentor de lo obvio, no pude decir otra cosa.

- Sí... yo... nosotros somos argentinos...

- Ahhh!...

Estaba a punto de pronunciar la segunda obviedad. La frase ya estaba armada y fluía del cerebro a la boca sin detención posible, cuando me interrumpió el rápido y agudo parloteo de ella.

- Me llamo Silvia Ramos. Mi marido es ingeniero, y hace un año que vivimos aquí.

- Ahh!

- Y usted?... Qué hace acá?

- Yo?... Bueno... es una larga historia... Son sus hijos?

- Sí. Fito... y Carolina...

- Hola Fito... Hablás castellano?

- Sí, los dos hablan... cuando quieren. Fito tiene cuatro años y Carolina dos y medio.

- Su... marido... trabaja acá?

- Ay!... - se le llenaron los ojos de lágrimas.

- Perdón. Pasa algo?

- No... Sí... No... no pasa nada.

- Bueno. Pienso que es muy difícil vivir lejos... no?

- Eh?... Sí... sí, claro - esta vez se convulsionó un poco y una lágrima le chorreó por la cara. Me paré y le cedí la piedra.

- Siéntese... Está bien?

Qué iba a estar bien, la mina estaba como el culo, y yo me angustié sin saber por qué.

- Gracias - dijo sacando un pañuelito del bolsillo y pasándoselo por los ojos con ese gesto tan característico de las mujeres cuando no quieren correrse la pintura. No estaba pintada y tenía los párpados hinchados y gruesas ojeras violáceas. Era la imagen viviente de la Europa de Phidias, altiva, digna; pero ultrajada por siglos y siglos de destrucciones, atropellos y fanatismos.

Abrazó a los niños y, levantando su rostro hacia mí, me dijo:

- Perdone... - y lloró.

V

La rutina de todas las noches estaba casi concluida. Había acostado a los chicos, había cerrado con dos vueltas de llave la puerta del cuarto y había revisado por enésima vez el maletín de "escape", como ella llamaba a una bolsa-cambiador que contenía todo lo necesario en caso de tener que huir apresuradamente. Deseaba tomar un buen baño de agua caliente, pero ese deseo era uno más de tantos deseos frustrados en los últimos tiempos. Hacía casi tres semanas que no se bañaba. En la ciudad nadie tenía agua suficiente, y menos caliente.

Apoyó la botella de plástico en el fondo del lavatorio, la destapó y colocó muy prolijamente el tapón a un lado. Con movimientos diestros y precisos se quitó la ropa y se miró desnuda, de reojo, en el pequeño espejo del botiquín. Se veía muy blanca, muy flaca, muy opaca, muy cansada. Enrique... desaparecido... hacía un mes... Su soledad, sus dudas, sus sospechas. Todo se reflejaba en la imagen virtual que la miraba. Los senos, pequeños, flojos, marcaban mejor que el rostro la desolación de un cuerpo abandonado; separado con violencia del amor y las caricias.

Tomó una pequeña toalla amarilla y la empapó en el agua de la botella. La frotó con un poco de jabón blanco, y comenzó a refregarla por todo su cuerpo. Cuello, hombros, axilas.

La sensación era agradable, pero tenía frío. Los pezones se alertaron y sintió que sus mejillas se entibiaban. Se sentó en el inodoro y continuó pasándose la toalla húmeda por las pantorrillas y los muslos, sintiendo cada vez más calor en la cara y el pecho.

Sin querer, casi instintivamente, tocó su pubis con la otra mano, deslizándola suavemente hacia abajo, abriendo

lentamente los labios de la vulva. Soltó el trapo y cambió de mano, acariciando delicadamente cada milímetro de su sexo. Demoró voluntariamente el encuentro con el punto más sensible, rodeándolo, tanteándolo, en movimientos rítmicos, sutiles. Sentía la creciente humedad interior, y tomaba pequeños atajos hacia abajo, lubricando poco a poco la punta de sus finos dedos. La otra mano recorría con firmeza el pecho y los senos, alcanzando los pezones y apretando alternadamente uno y otro. Sentía la cara ardiente y percibía un ritmo más regular y agitado en la respiración. Las caderas se movían instintivamente, en cortos vaivenes, adelante y atrás, urgiendo un ritmo más sostenido en las caricias. Apretó el clítoris y comenzó a sacudirlo suavemente y con firmeza, sintiéndose inundada del aire que entraba intermitente por su boca abierta y jadeante.

Tensó las piernas y, en un último desliz de la mano, dejó entrar el índice firmemente en la vagina al tiempo que un corto espasmo la sacudía toda. Luego otro, más largo, y otro más, acompañado de una placentera laxitud seguida de un profundo suspiro.

Se aflojó, retirando lentamente el dedo y dejando caer los brazos, laxos, a los costados. El calor se disipaba lentamente de su rostro y hombros, entibiando todo el cuerpo. Tembló un poco y sintió que algunas lágrimas llegaban a los ojos. No las contuvo. Al momento siguiente, lloraba en silencio, con la cara entre las manos, las piernas abiertas y los hombros fríos.

La flaca parece una buena tipa, pensé, arrojando el bolso sobre la cama y dirigiéndome al baño.

Abrí las canillas del lavatorio y salió un hilo de agua marrón, ruidoso y con muy feo olor. Puta, no hay agua... Por supuesto, no todo puede ser perfecto... Al menos tengo una cama...

Me desvestí y me tiré sobre el colchón empujando la bolsa al piso.

Había manchas de humedad en el techo, en las paredes, y en el vano de la puerta del baño.

Me entretuve mirándolas. Dibujaban formas absurdas, tétricas; como nubes grises inmovilizadas en el yeso descascarado del revoque. Acá, arriba, una cara de perfil, muy narigona, con el pelo atado en un jopo insólito. Parece un Inca... Sí, un Inca ceñudo, orgulloso; de ojos almendrados y mirada serena. El perfil clásico! La figura señera del dominado que no resigna su orgullo por más que la historia destruya sus miembros arrancados por los caballos del odio, la mentira, la ambición y la codicia, enjaezados con correas de piedad y religión.

Moví la cabeza y encontré otra, más grande, más indefinida, menos evidente, que me recordó las pesadas, grises, nubes de un pampero amenazando con lluvia y viento la calma agobiante de los tórridos veranos de Buenos Aires.

Lejano Buenos Aires, qué lindo que has de estar... Ya van para tres días que me viste zarpar... Y aquí, en este Belgrado, insólito, bestial... yo siento que el cagazo, me clava su puñal...

Siempre me gustó el tango. En aquellas largas noches de hogueras crepitantes, en algún baldío sin calle ni número, me entretenía cantándole a los otros chicos los tangos conocidos, a los que yo modificaba la letra con palabras soeces y frases de doble sentido. Se reían... nos reíamos todos... y pasábamos un rato alegres, distraídos de la miseria y el hambre.

Un hambre sin guerra, era aquel. Una miseria sin bombas. Un descuartizamiento sin conquista. Un pampero sin fresco, sin lluvia. Un viento que arrasaba nuestras ilusiones infantiles sin el consuelo del grato frescos de un afecto, una caricia.

Bah! Chicos de la calle hubo siempre... Y siempre habrá... Y aquí... Já!... no quiero ni pensarlo... Pobre Tone!... Pobre mina, ésta... Cómo es... Silvia... Sí, Silvia... Sin el marido... Parece una buena tipa la flaca...

Me desperté con hambre de café con leche y medialunas de grasa. Iluso de mí. Seguro que aquí no habría ninguna de esas cosas. Si hasta la habitación parecía uno de esos cuartos de las viejas amobladas de Constitución. Sin teléfono, sin más luz que un velador; donde el patrón golpeaba frenéticamente la puerta gritando "turno!!!" y uno tenía que vestirse a los pedos, so pena de pagar doble.

Me vestí rápida y desprolijamente, y no me arriesgué a lavar las lagañas en el agua sucia y escasa que salía por la canilla del baño. Junté en la bolsa todo lo que estaba despararramado y dudé entre bajarla conmigo o dejarla allí. Opté por dejarla. Eso me daba cierta sensación de pertenencia, de regreso, de contrato de alquiler... Qué sé yo.

Bajé las escaleras hasta el vestíbulo, tratando de adivinar en qué salita servirían el desayuno. El hotel tenía tres pisos, sin ascensor y un gran hall en la planta baja en el que se distribuían algunos sillones desvencijados, un mostrador y una máquina de venta de cigarrillos. Nada más. La única puerta era la de entrada; no se advertía, en la vetusta arquitectura, ningún salón o bar donde poder saciar mi hambre.

Silvia ya estaba abajo, hablando con el conserje y sosteniendo a la niña en brazos, mientras Fito arrastraba un

piolín atado a un autito de plástico que saltaba por las baldosas del piso. Me vió y se arrimó.

- Hola... - me dijo, sin sonreír - Vamos a buscar a mi papá - agregó muy convencido, tironeando del pobre autito.

- Me alegro - le dije, palmeándole la cabeza y pensando en las medialunas.

La madre reparo en mí, cortó la charla con el conserje y se acercó.

- Durmíó? - pregunté tontamente.

- Sí - respondió seca. - Usted en cambio, parece que no ha pegado un ojo.

- Yo?... No... Sí... dormí... Lo que pasa es que no pude lavarme la cara. No hay agua.

- No. Yo junto agua en una botella y la subo a mi habitación. Alcanza para nosotros... Yo...

- Ah! Entiendo - la interrumpí. - Es cuestión de aprender las costumbres de estos lugares. Y, dígame, dónde se puede tomar un desayuno?

- Hay un café... a la vuelta... Nosotros vamos allí... Sólo que hoy...

- Qué pasa hoy?... Esteee..., perdone... - me arrepentí - No quiero meterme en cosas que no me importan...

- No... Está bien... Es que hoy tengo que dejar el hotel...

- Se va?

- Sí... Tenemos que irnos...

- A Buenos Aires?...

- Eh?... No... No sé.... depende...

- Perdone, pero no entiendo nada. Mejor dicho... creo que lo que entiendo no es muy halagüeño... Es que la echan? - pregunté, esperando una respuesta negativa.

- Sí... Sí... Tenemos que dejar el hotel.

Su rostro se ensombreció y me miró con una expresión que no dejaba lugar a ninguna duda. Era una súplica, un pedido de auxilio.

Carajo! - pensé - Hacete el boludo, flaco... No abrás la boca... Rajá al bar, tomate el desayuno, y huí de aquí.

- Mire... me gustaría poder ayudarla - dije, en cambio, sosteniendo en mi mente el inútil "Rajá!... Rajá!...".

- Usted fue muy amable al indicarme este lugar... y yo... en fin... si puedo ayudar en algo... - Ahí fue donde terminé de meter la gamba. -... quizás podamos salir de aquí... Todos, digo... Yo quiero irme... Volver...

- Ay! No sabe lo que le agradezco... Pero no puedo aceptar... Debo encontrar a mi marido... Pienso que está... en alguna parte.

- Bueno. Por lo menos, déjeme invitarla a desayunar.

- Bueno... Eso sí... Gracias... Vamos - y encaró decididamente hacia la puerta, seguida de Fito, el autito y yo.

No había medialunas, por supuesto, pero el café era bueno y los consabidos churros redondos cumplieron bastante bien su función. Comí y escuché la larga historia de Silvia y su abandono.

El marido había desaparecido hacía más de un mes, dejándola sola y angustiada en medio de una guerra atroz y traicionera. Al principio, pudo sostenerse en apart-hotel donde vivían, pero al cabo de unas semanas tuvo que mudarse al hotelucho ese, pues no tenía firma en la cuenta de banco y en la empresa no se hicieron cargo de nada. Llamó a su suegro en Buenos Aires, pero el tipo le mandó un giro que terminó engrosando la cuenta bancaria pero sin llegar a sus manos. Protestó, lloró, pataleó, pero el recrudecimiento de los bombardeos hicieron que sus protestas se perdieran en el fragor de la contienda.

- Está segura que está bien. Su marido, digo.

- Si... Si. No es la primera vez que... Pero nunca por tanto tiempo... La verdad es que no sé qué pensar.

Había ido a la policía, al ejército, a la cruz roja; a todas partes, sin obtener ninguna satisfacción. El poco efectivo con el que contaba se le había acabado y la situación era crítica.

- Y la embajada? - pregunté.

- Me parece que usted ve mucho cine... Mucho cine norteamericano - respondió indignada. - La embajada argentina sólo sirve para complicar aún más las cosas. Primero, tengo que probar que mi marido desapareció. Cosa que no puedo hacer. Segundo, tengo que demostrar que él está de acuerdo en que yo me vaya sola con los chicos; lo cual, como verá, es un contrasentido ya que no puede estar de acuerdo porque sencillamente no está. Y tercero, la "representación diplomática" está para hacer trámites y no para ayudar a una ciudadana argentina que no está en peligro de muerte, ni tiene problemas políticos.

- Eso es relativo...

- Ya sé. Hágaselo entender usted.

- Pero... y el embajador?... el cónsul? ... o como se llame?...

- Es un... un...

- Jodido.

- Sí, eso. No recibe a nadie; no le importa nadie; no puedo comunicarme con él...

- Gran país el nuestro - sentenció. - Nos llenamos la boca ponderándonos de lo bien que tratamos a los inmigrantes, pero entre nosotros, nos cagamos en la solidaridad y en el sentido de nación... Todos somos víctimas de todos... Arreglate como puedas... ese es el tema...

- Cállese, no se sulfure...

- Cómo no quiere que me sulfure. A mí me pasa lo mismo. Estoy acá varado, por las mías, sin conocer el idioma ni las costumbres, librado a mi suerte... por culpa de...

- Sí... lo comprendo - me interrumpió compasiva.
- Perdona. Me dejé llevar... Tendríamos que ver cómo podemos salir de esto. Usted quiere volver?
- Volver?... Quiero saber qué es lo que pasó con Enrique. Encontrarlo... o estar segura que está muerto...

Se le llenaron los ojos de lágrimas pero no lloró.

- Discúlpeme, pero no puedo dejarla sola. Entienda, si la ayudo, tengo más chance de irme de aquí. Usted habla esta jerga y conoce el país. Es por mi interés que lo hago... Ayúdeme y yo trataré de ayudarla a usted...
- No quiero involucrar a nadie en mi problema... Yo...
- Le repito - interrumpí. - No le ofrezco nada. Le estoy pidiendo un favor... Yo me quiero ir...

Me miró seria, clavando en mis ojos una mirada azul, helada. Pensaba a mil por hora. Se sentía. Las mandíbulas apretadas exageraban los pómulos agudos y remarcaban las mejillas hundidas. Al cabo de unos instantes se aflojó y bajó la vista.

- Está bien - dijo. - Cómo hacemos?

Después de contarle mi historia, de la que omití concienzudamente toda referencia a actividades anteriores, elaboramos un plan que debía llevarse a cabo inmediatamente.

Primero, retiraríamos los fondos del banco, falsificando la firma de Enrique Ramos y haciéndome pasar por él. Seguidamente, pagaríamos el hotel y alquilaríamos un auto para ir hasta la obra en la que trabajaba el marido, distante unos ochenta kilómetros de Belgrado, dado que las oficinas centrales se habían desarmado y nadie podía darle ningún dato del desaparecido. Nos daríamos una semana de tiempo la que, seguramente, era suficiente para encontrarlo o para aceptar su desaparición o muerte. Al final, tomaríamos el

barquito a Grecia, o un avión a casa. Dependía de cuánto pudiéramos obtener en el banco. Eso era todo.

Lo del banco fue fácil. Entramos al moderno edificio rodeado de bolsas de arena y custodiado por soldados fuertemente armados; nos dirigimos a un mostrador, y allí Silvia pidió un estado de cuenta y un cheque de ventanilla. El empleado nos miró, dudó un instante, pero trajo los papeles sin chistar.

- Está seguro que no vamos a ir presos? - indagó temerosa Silvia.

- Confíe en mí. Ya le dije que soy espía. Sé de esto.

Qué iba a saber. Es cierto que era bastante hábil dibujando y falsificando la firma de mi madre en los boletines del colegio. Pero, y esto es lo genial, cuando uno es un delincuente nato como yo, cualquier crimen es fácil. Me asenté en un mostrador, escruté detalladamente la muestra que teníamos, tomé una lapicera y en dos trazos, repliqué la firma de Ramos en el cheque. Silvia, mientras tanto, revisaba el extracto.

- Quedan treinta mil dinares - dijo ansiosa.

- Bien - dije.

- No, no está bien. Debería haber trescientos mil... O más...

- Igual es mucha plata...

- No. Treinta mil no es nada. Son menos de mil dólares. Debía haber diez mil dólares por lo menos...

- Qué pasó?

- No lo sé. Enrique debe haberlos sacado.

- Si es todo, es todo. Terminemos aquí y salgamos.

Presenté el cheque y, milagrosamente, me lo pagaron. Salimos.

- No entiendo - repitió Silvia en la calle. - Si sacó plata es que pensaba hacer algo. Nunca me hubiera imaginado que... - y se sumió en un profundo silencio.

- Eso quiere decir que está vivo. Ya lo encontraremos. Sigamos con el plan.

Volvimos al hotel, cancelamos las deudas y le pedimos al conserje que nos reservara las habitaciones por dos días. Le preguntamos también si sabía quién nos podía alquilar un auto por ese tiempo. El tenía uno y, si se lo devolvíamos en dos días, nos podía hacer precio.

Hijo de puta. Era un 4L, modelo ochenta, sucio y destartado que echaba humo por el caño de escape y que había que patear para que arrancara.

Cargué mi bolsa, y Silvia apareció vestida con jeans gastados blusa y campera de gamuza, trayendo sus cosas: Una caja de cartón atada con hilo, un bolso-cambiador de esos que las madres llenan de cosas para los bebés, una bolsa de red con juguetes, un bolso lleno de vaya uno a saber qué, su cartera, y un enorme tubo de cartón de los que se usan para transportar planos.

- Creí que era importante, y lo traje por si nos da alguna pista de Enrique - se justificó.

Además, un abrigo de paño y una lona o toalla doblada y suelta.

- No me entró en el bolso - se justificó otra vez.

Partimos. Primera etapa, la obra del ingeniero Ramos. Al sur, cerca de Nis, a un paso de la frontera con Kosovo.

VI

Una refinería destruida es un cuadro dantesco. Un ovillo de tubos, caños, torres, cables retorcidos y quemados, bañados de aceites multicolores y rociados de chorros de líquidos viscosos que producen olores penetrantes y nauseabundos.

Todo era caos. Los edificios, a la izquierda del camino adolecían de techos, vidrios y algunas paredes. Las líneas de caño que unían cada grupo de torres resquebrajadas, parecían blandos hilos enredados. Manojos de cables eléctricos aparecían desflorados y amenazantes.

Una suave columna de humo blanco se elevaba al cielo en inocentes volutas, denunciando fuegos que aún ardían.

Todo el suelo estaba tachonado de pozos poco profundos y de diversos diámetros. Algunos con agua, otros con brasas crepitantes y olorosas. Y el aire, contaminado de una bruma espesa, era casi irrespirable.

Algunos obreros trajinaban entre el edificio en ruinas y un amplio pozo en el frente, acarreando cajas, muebles y montones de papeles.

Detuve el auto a unos cincuenta metros del aquelarre y nos quedamos pasmados observando el desolador panorama. Los chicos, que venían gritando y jugueteando atrás, se enmudecieron sorprendentemente, asomando sus cabecitas entre nuestros hombros.

- Yo bajo - decidió al cabo de un momento. - Cuide a los chicos.

Y se bajó, caminando temerosa hacia el edificio.

Yo también bajé. Abrí la puerta trasera y alcé a Carolina, que inmediatamente se puso a gritar: "Mamá!... Mami!... Má!...". No le hice caso e intimé a Fito a bajar también, tomado de mi mano. No pensaba alejarme mucho del

auto, sólo quería estirar un poco las piernas, después de las dos largas horas de traquetear por esos terribles caminos.

- Dónde va mami? - pregunto Fito angustiado.
- A buscar a tu papá - respondí, manteniendo mi vista en la esbelta figura que se alejaba.
- Está acá? - arremetió el chico.
- No sé... creo que sí... Puede ser...
- Voy con mami - y tironeó fuerte de mi mano, soltándose y arrancando a correr hacia ella.
- No! Fito! Vení! - grité desesperado, sin atinar a nada.

Silvia oyó los gritos y giró, enfrentando al niño que ya estaba casi a mitad de camino.

Yo trotaba tras él, dificultado con la carga de Carolina que se revolvía en mis brazos y lloraba.

De pronto, y como surgido de la nada, apareció un hombre todo vestido de negro que interceptó al chico y lo alzó por debajo de los brazos.

- Nooo! - gritó Silvia aterrada.

El hombre, tranquilamente, caminó hacia ella y le traspasó la carga.

Vi que se saludaron; ella me hizo una seña tranquilizadora y, juntos, continuaron hacia el derruido edificio, dentro del cual desaparecieron.

Carolina continuaba gritando, y los obreros apilando cosas en el pozo. La pila de basura rebasaba los bordes, y se alzaba a más de un metro del nivel del piso.

Uno de los obreros apareció con un bidón, roció todo con un líquido amarillo verdoso y se fue.

Me acerqué, al tiempo que un segundo hombre arrojaba un fósforo encendido.

El calor y el brillo de las repentinas llamas, me hirieron la vista y me arrebataron el rostro por el calor. Carolina escondió su carita en mi hombro, comenzando a llorar en silencio, como de costumbre.

Enceguecido y todo, pude ver lo que se quemaba en la ya inmensa pira flameante. Montones de libros, papeles, cajas, affiches de colores, planos de la obra, tubos de cartón, diskettes, CD Roms, un monitor de computadora que estalló sordamente, trozos de madera, útiles de escritorio... En un rincón, ennegreciéndose lentamente, un bastidor de madera con un affiche que mostraba la inconfundible caricatura de John Lennon bajo el título "Imagine"...

La música del tema brotó súbitamente en mi memoria. No sé inglés, pero sí sé de lo que habla la letra: "Imagina toda la gente viviendo en paz...". Irónico, patético. Luchar por la paz merece que te peguen un tiro en la puerta de tu casa, y que arrojen tu affiche al fuego en un acto de limpieza posterior a un cruel bombardeo. Demencial.

Por un costado de la pira, como fantasmas semiocultos por el humo, aparecieron Silvia, Fito y el hombre de negro. El llevaba un grueso carpetón repleto de papeles, y ella arrastraba al niño de una mano.

Venían hacia mí.

- Nada - dijo Silvia, decepcionada, al encontrarnos.
- No tanto como eso - dijo el hombre con voz ronca y fuerte acento español.
- Perdón... Este es el Padre Valls... de España... - nos presentó.

El tipo me tendió la mano. Se la estreché, y lo miré directo a los ojos.

Tenía una mirada fría, celeste, enmarcada en gruesas cejas muy pobladas que se cortaban ante una calvicie brillante y soleada. Era alto y robusto, con las manos gordas y sudorosas.

- Les sugiero que nos marchemos - dijo. - Esto es peligroso y no hay más nada que hacer aquí.

Caminamos hacia el auto y, como si saliéramos de paseo, le hice una tonta pregunta:

- Podemos acercarlo a algún lado?

- Ciertamente -contestó sonriendo. - Fuera de aquí...

Me puse colorado, me senté y arranqué. El comenzó a hablar casi al instante.

- No hay aquí, en esta carpeta que pertenecía a su esposo, ningún indicio de qué es lo que pudo sucederle. Sin embargo, yo no estaría demasiado preocupado pues la última vez que lo vi, hace un par de semanas... que va... ya pasó como un mes; me comentó de su interés en visitar el campo de refugiados de Mullet, en Albania. Tienen allí unos equipos electrógenos que son de vuestra compañía, y pudiera ser que Enrique los necesitara de vuelta.

- Entonces?... - inquirió Silvia ansiosa.

- Entonces, yo no perdería las esperanzas de encontrarlo en ese lugar. Muchas veces ha pasado, en estos tristes días, que las personas se traban en las fronteras y no pueden regresar ni comunicarse. Todo funciona mal y no hay demasiados medios para movilizarse en una zona de guerra como ésta... Tome aquí a la izquierda... Eso...

- Cómo es que usted está aquí? - pregunté curioso.

- Oh! Esa es una larga historia. Yo tengo mi parroquia en un pueblito que queda allá... hacia adelante... a mitad de camino con la frontera. Cuando comenzó la guerra... los ataques, digo... me vine a la obra a ayudar... Muchos de los obreros son mis feligreses, y debí venir a confortarlos... Usted sabe... estar presente. Así conocí a los directivos y a los ingenieros que, como su esposo, soportaban la angustia de un inminente ataque aéreo...

- Pero... - agregué confundido - este país es musulmán...

- Kosovo es albanés, musulmán. Aquí, estamos en Montenegro que, si bien no es como España, cada tanto hay una pequeña iglesia... y allí te mandan...

- De la orden? - continué curioso.
 - Sí... de la orden. De todas maneras, decía, su marido, señora, no ha muerto aquí. Me consta. En el momento en que comenzó el ataque, ya había una advertencia de los militares... por el radar, sabe?... y la mayoría del personal se alejó. Probablemente Enrique salió rumbo a la frontera. Las comunicaciones se cortaron enseguida, luego de la primera ola de bombas, y no debe haber podido hablar con usted.
 - Pasó mucho tiempo... - dijo Silvia, más para sí que para nosotros.
 - Evidentemente. No sé qué pudo haberle pasado. Insisto en que está en Mullet... Queda en esta dirección... Llegaréis... le encontraréis... Seguro.
 - A cuántos kilómetros? - pregunté, preocupado por el auto.
 - Unos cien... después de mi pueblo... Todo recto.
 - En esa carpeta... - comenzó a decir Silvia.
 - En esta carpeta hay solo papeles que no indican nada - interrumpió él. - Cosas de la empresa... Documentos que no hablan de su esposo... Claro que estaban en lo que fue su despacho, pero pertenecen, sin duda, a la oficina. Si usted no tiene inconvenientes me gustaría quedármela. La planta se reconstruirá, cuando pase la guerra, y es probable que le sea útil a quienes vengan entonces...
 - Sí... claro... - balbuceó ella.
- Se hizo un corto silencio, interrumpido por la voz trémula de Silvia.
- Cómo es que Dios permite esto?
 - Permite qué?...
 - Esto. La guerra...
 - Ah!... Caramba... - dijo el Padre Valls, incómodo - Dios no lo permite... Lo permiten la codicia, el poder, la intransigencia... que son defectos humanos... muy humanos.
 - Pero... y las conciencias?... A mí me enseñaron que...

- Las conciencias se obnubilan - interrumpió él otra vez. - El odio las ensombrece. Se pierde la fe. Se convierte el hombre en un ser primitivo, falto de ética, de religión. Ven en el contrario a la personificación del demonio; y se defienden...

- Los contrarios... El bien y el Mal... Dios y el diablo... ese es el tema - interrumpí yo esta vez.

- Los contrarios existen... han existido siempre... son los opuestos. Y los opuestos forman parte del desarrollo espiritual del ser humano. Es en el juego de los opuestos en que se producen los cambios, las evoluciones, el movimiento...

- Salvo que uno prevalezca enteramente sobre el otro... En ese caso, se genera inmovilismo. Se detiene todo progreso. Se coartan las libertades y el efecto espiritual se diluye en lanzazos de poder... A veces sin control. Como aquí. - dije, sorprendido de mi lucidez.

- Y dónde está Dios, entonces? - La pregunta de Silvia sonó más como una súplica, que como un deseo de saber.

- Siempre está en nosotros... En nuestra fe... En mantener viva la esperanza. Como vosotros, que lleváis a Dios adentro, continuando por este camino que os guía al encuentro del ser querido... Aquí está Dios... En este coche...

- No lo siento así. Disculpe usted, padre, pero aquí hay solo tres mayores y dos niños, muertos de miedo; corriendo sin rumbo detrás del supuesto que el padre de esos niños no esté muerto y existe, en alguna parte, esperando reunirse con su familia. Demasiados supuestos, pocas certezas.

Dije todo eso de un tirón, casi sin respirar, atacado de un súbito ataque de incredulidad bíblica.

- Suponer la vida, creer en la vida, esperar el milagro, sostener la fe; eso es creer en Dios.

Me cagó. Siempre te cagan éstos, pensé. Y me callé la boca.

Me asaltaron los recuerdos de la Tumba donde pasé mi adolescencia. Había curas, gordos, grasientos; malos como el

zaguaipe. Era imposible discutir con ellos. Siempre ganaban. Perder significaba castigos morales o corporales de los cuales mi mente y mi cuerpo aún llevan cicatrices. La geografía metida a trompadas, la historia y la religión aprendidas con hambre, las matemáticas - que nunca entendí - insertadas con puteadas y latigazos... y el latín... Oh! el latín...

De todas maneras, el tipo nos daba una pista. Un pequeño asidero para avanzar en la búsqueda.

El silencio duró un par de kilómetros. Al fin, el cura charlatán no pudo más y largó:

- Bellos niños tiene usted, señora.
- Gracias - dijo Silvia, conmovida.
- Cuídelos. No permitáis que les pase nada. Protegedles.
- Sí... Eso intento... Es difícil...
- Si seguís en el camino, llegaréis a lo que buscáis... Yo me bajo allá, luego de la curva, junto al pequeño puente...

Estábamos en la cúspide de una loma. Abajo, el camino giraba a la derecha y pasaba por encima de un puente de piedra que sorteaba un arroyo seco. A lo lejos, en medio del valle, se advertía un caserío cruzado por el mismo arroyo y por dos angostos senderos.

- Aquí - dijo -, aquí nomás. Gracias. Seguir este camino, todo recto, hasta el primer desvío. Tomar a la derecha... pero mejor os dibujo un mapa.

Se bajó, apoyó su cartapacio en el techo y buscó un papel.

- Aquí... aquí hay uno.- dijo, tironeando de la carpeta - Veamos... La ruta en la que vamos... el cruce... las colinas esas que quedan acá...

Dibujaba concentrado, observado por nosotros que tratábamos de entrar en su frecuencia mental, para entender el garabato.

- ... Eso... y aquí... más o menos... está el campo. Tome - y tendió el papel a Silvia, cerrando la carpeta. - Cuidaros en la

frontera. No creo que tengais problemas, pero igual, cuidaros. Gracias y adiós.

Sin más, encaró por el sendero, dirigiéndose al poblado.

- No es difícil - dije, empuñando el volante.

Silvia miro el papel y me lo dio. Lo observé detenidamente y lo di vuelta en ademán distraído descubriendo, al dorso, un apretado documento redactado en inglés.

- Qué es eso? - pregunté curioso.

- No sé... A ver... Está en inglés...

- Sabés inglés? - pregunté, sin darme cuenta del tuteo.

- Sí - contestó sin inmutarse.

- Leélo - pedí.

- Esperá - me tuteó a su vez, acercando el papel a sus ojos.

Lo leyó para sí una vez, y luego comenzó a traducirlo con cierta dificultad.

Avanzábamos a buena marcha, deslizándonos por la suave pendiente de la colina hacia el valle.

VII

“ Globalización o una forma de neofeudalismo - Por: Dr. Ottil Fruncj - Ingeniero/psicólogo - Resumen:

Globalización es la implementación de una red de intercambios culturales, tecnológicos y comerciales, estructurada en base a en una filosofía pragmática y utilitaria, donde el tener se convierte en sinónimo de ser.

Así, ser, en el mundo “globalizado” es producir más (no mejores) bienes de consumo y acceder a más (no más útiles) servicios para tener más elementos materiales que brindarán placer individual y crecimiento social.

Esta concepción filosófica, simplificadora del profundo y verdadero sentido del ser, tiene un fuerte impulso en el neopragmatismo liberal de E.E.U.U. y los países de su área de influencia; excluyendo quizás, a Japón, Francia , China, Rusia y algunos piases del entorno oriental.

Una de las supuestas ventajas de este fenómeno sería la de poder compartir recursos naturales, económicos, tecnológicos y del conocimiento, respetando las diversidades culturales, con el fin de lograr un mayor beneficio para aquellas sociedades menos agraciadas; protegiendo, a la vez, el ecosistema global.

Pero... No funciona así

Debido a la pobreza y desesperación general, día a día era mayor la cantidad de gente que se desplazaba geográficamente, intentando alcanzar los beneficios de las sociedades “desarrolladas”, traspasando el límite burocrático que impedía ingresar al “Primer Mundo”. Esto provocaba migraciones constantes con los consiguientes problemas sociales, culturales y económicos en el seno mismo de ese mundo ansiado.

Entonces, como defensa a esta “invasión”, se crea una concepción mediática, virtual, de ese mundo, sembrando el mito de la globalización.

Una aparente “exportación” e “importación” de recursos, descomprometida, incompleta; que actúa rompiendo vínculos con costumbres ancestrales e historias particulares de cada sociedad, generando un aparente camino hacia el bienestar, mientras por otro lado se pervierten sus economías, se destrozan los recursos naturales y se rompen las identidades nacionales e individuales, traspolando las fronteras geográficas en muros divisorios entre los diversos estratos socioeconómicos de los pueblos más débiles, enfrentando a ricos y pobres, a poseedores y desposeídos.

Si bien esto evita la migración física hacia los países líderes, provoca una despiadada lucha por emigrar al mejor lado de ese muro virtual, establecido ahora dentro de las fronteras de las regiones y países eufemísticamente denominados del “Tercer Mundo”, convirtiendo a los naturales en extranjeros en su propia tierra, con el consiguiente aumento de sociopatías y desordenes de angustia individual y colectiva. Esta pseudocomplementación, que en el fondo, no es más que una nueva forma de feudalismo, más feroz aún que aquel de la edad media donde el Señor, ungido de poder y lujo, defendía su feudo empuñando la espada y jugándose la vida por sus siervos. Los “globalizados” en cambio, desprotegidos y engañados, solo atinan a destrozarse entre si para poder pasar al otro lado de ese límite inconsistente construido en las conciencias sociales, aumentando enormemente la auto y eteroagresividad de cada grupo afectado.

Un intento de defensa a esta grave penetración cultural estaría en restablecer los vínculos con las identidades individuales y colectivas en los afectados ya que este neopragmatismo (o neofeudalismo) busca destruir dicho vínculo con el fin de

permitir únicamente la existencia de un mundo exterior y concreto que es más manejable mediáticamente.

Mirar hacia el mundo interior es ver la realidad y no la virtualidad mediática de la globalización que es, en síntesis, una solución pragmática y utilitaria para aquellas sociedades del Primer Mundo, y devastadora para las otras.

Mientras no exista una concepción solidaria con nuestro entorno propio, con nosotros mismos como individuos, con nuestros semejantes y nuestra, la tan mentada globalización es solo devastación, miseria... “

- Carajo! -dije, realmente impresionado. - Suena como que yo organizo una fiesta en tu casa, para no hacerla en la mía, te rompo toda la vajilla, y encima te hago pagar los gastos...

- Sí, parece más o menos así - dijo Silvia - Aunque yo no creo demasiado en eso de la globalización...

- No es cuestión de creer o no creer. Está, existe. Esto que estamos viviendo ahora es una globalización a la fuerza. O hacés lo que yo te digo, o te lleno la cabeza de bombas...

- Es difícil de comprender, de todos modos - concluyó, arrugando el papel y tirándolo por la ventanilla.

- Eh! Qué hacés?... del otro lado estaba el plano...

- Uy! Qué tonta... y ahora?

Frené, sin decir nada, puse marcha atrás y retrocedí unos cuantos metros. Me bajé a buscar el bollito de papel por el borde de la banquina.

Lo encontré a unos veinte metros, encajado entre las ramas de un arbusto duro, seco y espinoso. Lo alcé y me divertí rompiendo una de las frágiles ramitas. Un fuerte olor a savia, penetrante, agridulce, me llegó a la nariz e impregnó mis manos.

- Canela - dije en voz alta, sin darme cuenta. - Canela silvestre... qué curioso!...

Regresé al auto con el papel en una mano y la ramita en la otra, oliéndola, cavilando.

Me senté y arranqué, sin soltar la ramita.

- Qué olor!... Qué es? - preguntó Silvia, planchando el bollito sobre sus piernas flacas.

- Canela -dije, alcanzándole el palito.

- Mmm... qué rico!...

- Es curioso...

- Qué es curioso?

- No... nada... pensaba que es muy curioso... la canela... el humo del bombardeo, allá atrás... me hizo pensar... no sé.

- Enigmático

- Enigmático? No... Es que se me ocurrió pensar que en realidad la guerra no cambia nada. Es una tremenda conflagración que afecta el alma de los seres humanos; los destruye, los mata, los deja en la indigencia y en la orfandad. Pero en realidad no cambia nada...

- Cómo que no cambia nada?

- No. Viste el pozo grande, de los bombardeos anteriores, allá en la refinería?... A la izquierda de la fogata?

- Sí.

- En el fondo, había agua, moscas, mosquitos, alguna plantita flotando. Y dos sapos. Los sapos saltaban y se comían a los otros bichos; nadaban... estaban totalmente dedicados a lo suyo... Después, a unos pocos kilómetros, la planta de canela...

- Y?...

- Y... nada... que todo sigue igual... El mundo.... El mundo de verdad, no cambia... Después de los bombazos... No sé... Se me ocurrió... Una vez vi una película de guerra; hace poco, en Buenos Aires. Era de la guerra de EEUU con Japón. Se peleaban en un pastizal. No se veían. Sólo se escuchaban los disparos y los gritos; y en la pantalla se veía nada más que el

pastizal, mecido por una suave brisa... patético... Me acordé de eso, nomás. La plantita me hizo pensar en eso...

Se hizo un corto silencio, al cabo me miró y dijo, muy suavemente:

- Pero destroza los sentimientos...

- Qué? -pregunté distraído.

- La guerra...

- Ah!... Sí... Los sentimientos... Los cambia... Sí... Desde un punto de vista humano, sí. Pero globalmente, ya que hablamos de globalización, no pasa nada. Mueren muchas personas, es cierto, se destruye el costosísimo patrimonio de la humanidad, es cierto; pero el mundo. la naturaleza, se las ingenia para recrearse, para seguir su camino, su plan; cagándose en todo lo que nosotros podamos hacer para cambiarla. Hay energías mucho más poderosas que las de las bombas y los misiles. Quizás sean menos espectaculares, más lentas, menos rotundas; pero igual de implacables, tozudas, vitales. La vida es mucho más fuerte que la muerte. Le pasa por encima, la deja atrás... Hasta llega a usarla como transporte para continuar su lento e inexorable destino... como una rueda que...

- Creo que aquí tenemos que doblar... a la derecha... - me interrumpió señalando el mapa.

Doblé sin dudar, como venía, y el auto dio un barquinazo al costado haciendo que los chicos saltaran en el asiento trasero.

- Cuidado! - grito Silvia.

- Perdón - dije compungido, y desaceleré.

El camino se hizo sinuoso y angosto, con un pavimento mal cuidado y lleno de pozos, por lo que tuve que abandonar mis cavilaciones y concentrarme en tratar de conducir la batata sin mayores sobresaltos.

El paisaje, seco, ondulado, desprovisto totalmente de montes o árboles solitarios, se extendía en largas sucesiones de

lomas, hondonadas y curvas a derecha e izquierda, haciéndome perder el poco sentido de orientación que poseo.

- Ya deberíamos haber pasado el control fronterizo - acotó Silvia, consultando el arrugado papel.

- Este parece un camino secundario, quizás...

No terminé la frase. Enfrente, luego de una curva, a unos ciento cincuenta metros, aparecía una casucha, una barrera, un transporte militar, y varios hombres armados rodeándolo.

Llegamos. Muertos de miedo. Y no pasó nada.

El guardia se acercó y habló. Silvia contestó. Le dimos los pasaportes. Fue a la casilla. Volvió, y nos hizo señas de avanzar. Una típica rutina fronteriza. Sin trabas. Sin sustos.

- Podría haberle preguntado por el campamento - dijo Silvia al rato.

- Gracias que zafamos... - dije, suspirando.

- No tienen nada contra nosotros - sentenció ella, muy seria.

- Podríamos ser espías - bromeé.

- No bromees con eso...

- Por qué?... Pasamos, no?

- Allá, en el puesto, me olvidé de eso... Ahora, con lo que decís... me entra como un escalofrío...

- Perdón... no quise asustarte...

- Lo lograste...

Silencio. Concentración y valor, Flaco. No digas más buludeces y seguí manejando.

Más o menos media hora después, en una suave hondonada, apareció.

Hasta donde se extendía la vista, y siguiendo las inflexiones del terreno, toda la superficie que abarcaba la vista, estaba atestada de personas y materiales.

Carpas precarias, pequeñas columnas de humo blanco, tiendas de lona con cruces rojas, pilas de cajones, barriles y paquetes de plástico, y gente, mucha gente repartida por todos lados. Tirados en el suelo, sentados en piedras, andando entre los otros. Mujeres con bebés en los brazos; hombres con sus brazos vacíos y su andar cansino; chicos llorando. Algunos, de uniforme, caminando apurados y gesticulando órdenes que nadie parecía cumplir. Por acá, un carro con caballos, más allá, jeeps y camiones; a lo lejos, un tractor y algunas motos.

Lo más impresionante era el ruido. Un sordo zumbido, parecido a un murmullo, cadencioso y grave; mezcla de los gritos, los llantos y las órdenes, junto al crepitar de los fuegos y el ronquido de los motores. Ni qué hablar del olor. Se percibía un vaho penetrante a pelo quemado, a lacre, a nafta, a comida rancia. Todo junto. Todo mezclado en ondas sucesivas que excitaban el olfato, acrecentando el sentimiento de rechazo y congoja que comenzaba a tomar forma en nuestro espíritu.

Bajamos muy despacio por el camino ripiado que llevaba al portón del campamento de refugiados kosovares.

En la entrada - o lo que parecía una entrada- nos detuvo un nuevo guardia armado. Dijo unas palabras en la consabida jerigonza a las que Silvia contestó con otros sonidos guturales semejantes, de los cuales sólo entendí algo parecido a "argentinos" y "doctor Ramos" entremedio de la frase entrecortada y dura. El tipo se incorporó y señaló una zona indefinida del campamento, agregando unas palabras más.

- Qué dijo? - pregunté.
- Que podría ser que esté por allá; pero que tenemos que dejar el auto aquí e ir caminando.
- Caminando? Nos van a afanar todo!
- No sé... No creo... Llevemos las cosas...
- Uf!... y buen...

Avancé unos metros, giré a la izquierda y paré. Sacamos del auto todo lo que podíamos cargar y cerré las puertas con llave.

Era ridículo, pero la imagen que tuve fue la de una familia que comienza un día de playa. Yo, cargado con dos bolsos, una caja de cartón y un paquete; Silvia con el tubo de los planos, su enorme cartera y la bolsa-cambiador de los chicos.

Era mediodía. El cielo estaba totalmente despejado y el olor era mucho más fuerte que sobre la colina. Caminamos trabajosamente entre gente que no nos hacía ningún caso. Es más, algunos nos miraban con cierta hostilidad; suponiendo que éramos nuevos refugiados que se agregaban a la ya hacinada muchedumbre pululante y agotada. Competencia que le dicen.

Entramos a la carpa hospital y nos salió al cruce una mujer (madura y antipática) que nos gritó dos veces la misma palabra. No necesité traducción.

- Atrás! Atrás! - quería decir.

Silvia la encaró y, suavemente, le explicó. La otra se dulcificó un poco, pero entabló una charla que más parecía una discusión que otra cosa.

Silvia, algo agotada, cambió de idioma y comenzó a tratar de hacerse entender en inglés, en un diálogo que pudo ser más o menos así:

- Buscamos al doctor Ramos - dice Silvia. - No nos vamos a quedar...

- No pueden quedarse - repite la otra.

- No... Lo vemos y nos vamos.

- No está aquí - insiste la sargento prusiana.

- Pero... señora... queremos hablar con el jefe... No sé... alguien... un encargado... alguien...

- Váyanse! - empuja

En eso, se acerca un tipo de guardapolvo que pregunta, en inglés, qué es lo que pasa.

Dejé los bártulos en el piso y me acerqué al trío, conteniendo a Carolina que había empezado a llorar.

- Buscamos al doctor Ramos - repite Silvia.

- De dónde vienen?... - pregunta el de guardapolvo, siempre en inglés.

- We are argentinos - contesta Silvia.

- Ah!... argeeeentinos... - dijo el otro, fuerte y sonriente, en perfecto cordobés.

- Ay! Qué suerte, señor. Usted también...?

- Sí... Soy de Córdoba. Doctor Velarde... mucho gusto - y le tendió la mano.

- Qué suerte!... Yo soy Silvia... La señora de Ramos... Encantada...

- Mire - me metí -, buscamos al marido de la señora. Es ingeniero, pero acá parece que hay que llamar a todos como doctores. Se llama Enrique Ramos y tenemos datos de que vino aquí hace más o menos un mes...

- Perdonen, pero yo hace casi dos meses que estoy acá y no conocí a ningún argentino llamado Ramos. Es más, ustedes son los primeros que veo desde que llegué a Yugoeslavia.

- Bueno... - susurró Silvia, acomodando su cartera. - Entonces...

- Esperen, averigüemos un poco - interrumpió Velarde. - Vengan a comer conmigo y me cuentan más.

Sin esperar respuesta, se encaminó hacia la puerta esperando que lo siguiéramos. Lo hicimos.

Fuimos hasta un tenderete, debajo del cual se extendía una mesa larga, flanqueada por varios bancos y sillas, en la que comían muchas personas. Todos parecían tranquilos y se charlaban en tres o cuatro idiomas.

En una punta de la mesa había lugares libres, y hacia allí nos dirigimos. Dejé los petates en el suelo y nos sentamos.

- Acá no hay mozos - dijo Velarde -, allá está el rancho - y señaló un remolque tipo kiosco de choripan playero que humeaba y despedía olor a fritanga.

Silvia acomodó a los chicos en su falda y Velarde y yo nos acercamos al remolque.

Nos sirvieron tres platos combinados de verduras; carne hervida un pan y un vaso de agua para cada uno.

Volvimos a la mesa y regresé por más para los chicos. El tipo del kiosco no entendió un carajo lo que le pedía, pero a pesar de eso me alcanzó un potecito con algo que parecía ensalada de frutas.

- Postre no, boludo - dije. Quiero otro plato para dos chicos (hice una v con los dedos).

El tipo, de muy mal humor, me alcanzó otro pote más de ensalada de frutas.

- Andá a cagar - le espeté, agarrando los dos potes y volviendo a la mesa. El tipo sonrió un poco. Quizás creyendo que le daba las gracias.

Silvia hablaba con Velarde y se contaban mutuamente las penurias vividas en ese país de mierda, como lo calificaban cada dos o tres frases.

Sin hacerles caso, me dediqué a morfar y a intentar hacer que los chicos probaran la bazofia que nos habían dado. Distráido, me encontré pensando en un jugoso bife de chorizo con papas fritas, ensalada, vino y pan de fonda. Esos lujos que uno no valora, salvo cuando sale del país a hacer turismo, como yo, y se sorprende con el hecho de que el mundo no vive a asado y mate.

Velarde sonreía, y escuchaba atentamente - o hacía como que escuchaba - la larga y penosa historia de Silvia. Cada tanto, largaba algún "claro..." o un "ahá...", sin desprenderse de la plástica sonrisa.

Ella parloteaba y parloteaba intentando, seguramente, conmovier al médico o lograr arrancarle algún dato, algo que

serviese para continuar la búsqueda que, hasta ahora, parecía infructuosa.

En una de esas, Velarde la interrumpió y, dirigiéndose a mí, soltó:

- Vamos a recorrer el campo. Así ven cómo son las cosas por aquí.

Silvia se quedó cortada. Interrumpida en medio de uno de los cuentos, no atinó a otra cosa que mirarme, también, suplicante.

- Bueno - aprobé, levantándome y alzando a Fito.

Carolina saltó sobre su madre que, incómoda, trató de alcanzar alguno de los paquetes y bolsas que se amontonaban cerca nuestro.

- Dejen todo aquí - dijo Velarde - no pasa nada...

De todas maneras, Silvia recogió su carterón, y yo mi bolsa, trotando detrás del tordo. Nos va a afanar, pensé, pero los seguí acomodando a Fito a horcajadas de mis caderas.

Caminamos por una especie de corredores, entre gente parada o echada en zonas que parecían agrupar familias o grupos de conocidos. Las caras eran todas serias y brillosas. Nadie gritaba. Todos parecían estar esperando una mayor catástrofe; un golpe; el balazo final. Los chicos no corrían, se arrastraban. Los mayores no caminaban, reptaban. Los viejos, estaban muy quietecitos, o se mecían, murmurando palabras por lo bajo. Alguna que otra mujer, hastiada, cansada, atendía a un bebé por aquí, a un joven por allá, o a un viejito, algo más lejos. Me impresionó muchísimo ver a una chica - de unos quince años - sentada, con las piernas abiertas, la pollera recogida a la cintura, desnuda debajo, que se frotaba frenéticamente la concha con la mano derecha, mientras se rascaba el pecho con la izquierda. Advertí que no había lujuria ni placer; era otra cosa.

- ¡Já! - dijo Velarde mirándome. - Se llenan de piojos. Nosotros nos bañamos con repelente; pero estos patasucias prefieren

rascarse. Es un problema. Uno de estos días los vamos a tener que fumigar a todos... Si no, nos van a echar... los piojos, digo... Ja! Ja!...

- Y... denles algo para que se laven - acotó Silvia.

- Algo?... Acá falta de todo... y les vamos a dar jabón? No... Que se las arreglen. Gracias que comen y tienen un poco de atención médica. Total...

- Qué va a pasar con toda esta gente? - La preocupación de Silvia era la mía, pero ella se animó a preguntar. Yo no.

- Qué sé yo... - contestó Velarde. - A mí no me pagan para eso...

- Y para qué le pagan? - pregunté.

- Qué?... Me mandaron como apoyo de la Cruz Roja, Unesco, Médicos de Catástrofes, Cascos Blancos... Ya ni me acuerdo... Estoy tres meses y me vuelvo...

- Ah!

- Aunque, les confieso... - dijo poniendo tono confidencial- que aquí se puede hacer mucho.

- Como qué? - No supe por qué pregunté eso; pero el tipo me había empezado a resultar un pirado y quería incomodarlo.

- Exportarlos - dijo, como si fuera una obviedad, y yo un pelotudo que no entendía nada.

- Exportarlos? - pregunté perplejo.

- Sí. Hay muchos países que necesitan mano de obra barata. Aquí hay buenos técnicos, mujeres muy trabajadoras. Estos tipos tienen la filosofía del laburo en familia. Las mujeres mandan y los tipos obedecen... Después, están los chicos. Los más chiquitos... digamos entre tres y seis años... va a escuelas pupilos. Los más grandes, hasta los quince, digamos, van a casas de familia, criados, vió? El resto a laburar. Los más sanos, claro. Los otros que se queden.

- Habla en serio? - La cara de Silvia expresaba duda y asco al mismo tiempo.

- Muy en serio. Miren, esta gente no tiene ningún futuro. No hay chance que puedan volver a sus casas, los serbios no los van a dejar. Antes que se le ocurra a otros, la idea ya está en marcha en un grupo de "controles" de acá, entre los que me cuento.

- Es una locura - razonó Silvia. - Estas personas tienen sus casas, sus trabajos, sus familias... Además... En todas partes hay problemas de desocupación... y...

- Desocupación... Ja! - interrumpió el demente - Desocupación hay porque las empresas tienen que pagar sueldos y cargas sociales. Hoy en día nadie quiere trabajar por casa y comida solamente. Ese es el problema. Yo soy uno de los convencidos que todo este tema de acá se generó para eliminar los problemas gremiales en Estados Unidos y la Europa industrializada. Y estas gentes carecen de razón para vivir en un mundo que así, no los necesita. Los primeros embarques van a salir en unos días. Ellos están contentos. Imagínense! Ir a Norteamérica, Alemania, Inglaterra. Nunca lo soñaron. Están chochos...

- Vamos Silvia -dije bruscamente, cada vez más molesto. Silvia se enganchó:

- Está loco? -preguntó ingenuamente.

- Loco? Por qué me dice eso? O, a usted no le gustaría tener un par de sirvientitas en su casa del country, a las que sólo les tendría que dar un poco de ropa y comida? O, acaso su marido no se ha pasado los últimos años de su vida protestando contra las ínfulas del personal obrero de la fábrica o lo que sea que tiene? Por otra parte, es humanitario. O los vamos a dejar que se pudran en estos campamentos, sin ninguna esperanza, y esperando que las pestes y la guerra terminen con ellos?

- Vamos, Silvia - insistí, ahogando mis ganas de partirle la cara.

El tipo siguió sin hacer caso de nada:

- Qué hacer con las masas que han dejado de reclamar, pero que molestan con su sola presencia? Qué bien estaríamos sin esos que reclaman el derecho pleno de existir. Qué irritante es esa pérdida de tiempo y dinero que provocan. ¿Es útil una vida que no le da ganancias a las ganancias?

- Silvia! - supliqué.

- Pará - me cortó y arremetió con Velarde: - Y cómo lo van a hacer?

Está loca ella también, pensé y le sacudí la correa de la cartera.

- Ah! Ese es nuestro secreto - contestó el tordo y continuó con el disparate himmleriano - Las redes están tendidas en las más altas esferas mundiales. Nosotros tenemos que elegir los más aptos, apartarlos. Hay una gran organización que arma convenios y gerencia los embarques. Mucha plata. Es un negocio de miles de millones... Refugiados... Desocupados... Todo sirve...

Suficiente. No lo dejé seguir. Con toda la fuerza que pude, le tiré una trompada al medio justo de la cara. Acerté, y sentí en mi puño la sensación inequívoca de un hueso roto. Sin dudar, grité:

- Corramos, Silvia - y salimos velozmente hacia donde habíamos dejado las cosas, alzando a los chicos y saltando entre la gente.

Agitados y nerviosos, llegamos hasta la tienda con la mesa.

Nos habían afanado todo.

- Vámonos, ya! - grité desesperado, oyendo o creyendo oír furiosos pitos y algún grito.

En menos de un minuto estábamos en el auto.

Le faltaban las dos puertas delanteras y adentro no quedaba nada, salvo los asientos del conductor y del acompañante.

Sin tiempo para lamentaciones, empujamos a los chicos adentro y arrojamos la cartera de Silvia y mi bolso. Los chicos lloraban y yo gritaba desaforado, mientras intentaba arrancar el motor:

- Tapalos con algo!... tapalos con algo...!

Arrancamos, mientras ella acomodaba a los niños sobre el frío piso metálico del coche. Llegamos enseguida al portón, y el guardia se nos cruzó adelante deteniéndonos. Silvia asomó su cabeza y gritó varias palabras en la consabida jergonza, provocando que se apartara y nos dejara pasar. Aceleré fuerte por la subida del camino de entrada, rogando que el cuatro latas no se quedara.

- Qué le dijiste? - pregunté a los gritos.

- Que llevábamos un enfermo de peste...

- Ah!

Doblamos a la derecha, en el primer cruce y comenzamos a saltar por el espantoso camino.

- Por qué le pegaste? - me preguntó Silvia al rato.

- Por qué?... No sabes por qué?...

- Sí... Bueno. El tipo está loco; pero no era para pegarle... Mirá lo que provocaste...

- Que yo provoqué?... Yo lo provoqué?... Estás más loca que él...

- No... A mí también me dio asco lo que decía... pero podríamos haberle seguido la corriente. Pasar la noche allí... Averiguar más... No sé... Qué vamos a hacer ahora?...

- Rajar.

- Para dónde?

- Por Albania. No sé. Buscar algún pueblo para pernoctar. Qué sé yo, Silvia! - Un barquinazo casi me hace perder el control del auto. Volanteé y volvimos a recobrar la estabilidad.

- Andá más despacio. Ya estamos lejos.

Aflojé el pie y me relajé un poco. Silvia giró en el asiento y estiró los brazos hacia los chicos, que lloraban en

silencio, como siempre. Los acomodó y trató de calmarlos con voces suaves y algún mimo.

Fito era el más inquieto y no dejaba de tartamudear, mezclando pucheros con preguntas.

- P... Por... Por qué le pegó... ma... mami...?

- Porque el señor nos insultó, y tuvimos que defendernos...

- P... Por... Por qué... n... nos insultó...?

- No sé... Quizás porque es malo.

- No - interrumpí -, no es malo. Es muy malo, y además está loco. Quiere hacer que toda esa gente sean esclavos.

- Q... Qué... qué son esclavos? Mami?

- Son personas que trabajan por nada...

- Son personas, como tu mamá o yo - volví a interrumpir -, que caen en la peor de las miserias humanas por culpa de locos hijos de puta como ese señor...

- Shh... - me cortó Silvia -, calmate. Fito... ojalá no sepas nunca lo que es ser un esclavo...

- Tengo hambre...

- Acabamos de comer... Hace un rato... Ya vamos a llegar a alguna parte y les voy a dar chocolate... sí?

- Bueno... Dónde está mi pelota?

- Nos afanaron todo, Fito -revelé sin abandonar mi tono de bronca..

- Quiere decir que la perdimos. Perdimos casi todo lo que traíamos -explicó Silvia.

- Yo quiero mi pelota.

- Ahora no la podés tener. Ya vamos a conseguir otra. - dije, aflojando un poco el tono y la bronca.

- Una nueva?

- Sí, una nueva. Ahora, por qué no se duermen un poco? Falta un rato para llegar. Yo los despierto... Así... Vos, Carolina, ponete encima de esa bolsa. Eso, así. Fito, dejale un poco de lugar a tu hermana... Así, eso. Duerman un ratito. Después les doy chocolates...

- Coima - murmuré.

- Callate... Sean buenitos. Falta poco...

Giró y se acomodó en el asiento, dando claras señales de que no quería hablar ni escuchar más.

Me concentré en el manejo, tratando de pensar en cómo salir de ese país de mierda...

Menos los documentos y la plata, nos habían robado todo, incluyendo la ropa de Silvia, la de los chicos y el tubo con los planos de la obra de Enrique, junto con los papeles que - según Silvia- nos podían ayudar a encontrarlo y a salir de semejante atolladero.

Marchamos por más de media hora en el más profundo silencio. Sentía el suave respirar de los chicos dormidos, y la agitada emoción de la madre que, pensativa, miraba por el parabrisas. Fijamente. Adelante.

De pronto, habló. Muy suavemente, con voz ronca y despacio.

- Por qué todo es tan difícil!... Por qué las cosas no son un poco más fluidas? Más fáciles, más previsibles. Entiendo que hay cosas que no se dominan. Una tormenta en el mar, por ejemplo; hay que navegar a través de ella. Una enfermedad grave... Y muchas, muchas cosas más de esa índole. Pero, por qué hay que vivir penando por la idiotez de los otros. Por qué hay que soportar que algún imbécil malintencionado nos ponga a tener que pleitear, pelear; enredarse en millares de palabras idiotas y maliciosas; dichos y contradichos en los que, en la mayoría de los casos se pierde el motivo esencial de lo que se está discutiendo. Por qué todo es como es? Y no es de otra manera? Y, sobretodo: por qué nos empeñamos en que sea diferente? No hay caso. Nada tiene caso. En el momento justo en el que estamos por alcanzar alguna de las doradas

quimeras que creemos están en nuestro destino, paf! Viene alguna mano artera y te la quita sin miramientos. En cuanto nos acomodamos, tranquilos, en el lomo del viejo caballo, viene una mosca, lo pica, pateo, y nos tira de culo al suelo... Deseo vivir sin sobresaltos la argumentación silenciosa de mis sueños más queridos... Besar a mis hijos; hablar con un amigo; anotar un pensamiento; pasar una tarde sin creer en nada o creyendo en todo... sin culpa. Sin sentir que, sea lo que sea lo que piense o haga, va a estar mal...

- ... Que ocho por tres sean diecisiete y me llevo dos para más tarde. - agregué, intentando participar - Que no te tiren del saco cuando estás por alcanzar la meta. Que el gol del contrario sea una fiesta también para uno...

Sin prestarme atención, continuó:

- ... Que "ganamos" no sea sinónimo de "tenemos" sino de "somos". Que cuando llegue la hora, marchemos felices, sintiendo que lo hecho sirvió, y que para lo no hecho, los demás bastan. Mientras tanto, usar los sentidos para besar, tocar, mirar, oír, decir, oler, en absoluta frecuencia con todos los que nos rodean. Estoy segura que a un pino le importa muy poco si yo agito mi nariz disfrutando el olor de su savia, mientras otra persona, a mi lado, frunce la cara diciendo "qué asco!"; él, el pino va a seguir, indiferente, evaporando alcoholes y esencias, sin prestar el menor caso a ninguno de los dos... Lo que quiero decir, en realidad, es que si las cosas son como son, mejor dejémoslas como están y circulemos entre ellas con el verdadero orgullo de saber que somos quienes somos...

- Salvo cuando algún mal parido te apunta con su M16, desde la terraza de un edificio para convertirte en esclavo... en el mejor de los casos... -señalé, inteligente.

- Entonces te tirás al piso, instintivamente, y luchás por vivir.

- Salvo que te acierte... o que le acierte a tu compañero...

- Entonces... morirás... o curarás sus heridas... o lo ayudarás a morir a él...

- Y si es un hijo?... Tu hijo?...

- Llorarás. Cambiarás. Serás distinto... El hombre es el único animal que sufre por la pérdida de sus congéneres... No sé... Serás diferente... -gritó, furiosa, incomprendida.

Se sumió en otro profundo silencio cargado de angustia. Sus ojos brillaban pero el cuerpo se mantenía rígido, tensionado, indeciso entre el llanto y la ira.

La dejé estar así por unos minutos, mientras traqueteábamos por el polvoroso camino de tierra y pedregullo, flanqueado por cercos de lajas.

- Querés que abandonemos la búsqueda? - pregunté al rato.

Tardó un poco en contestar. Me miró muy seria y dijo:

- No sé qué quiero... - y se sumió otra vez en su angustia.

- Podríamos llegar a Grecia... - insistí. - Tengo un contacto que... - me corté. No hubiera sabido cómo ubicar a la gordita. Me corrió un escalofrío porque al instante me acordé de los comentarios y trompadas del Pato y su secuaz. - Quizás la embajada argentina en Atenas... Allí nos podrán ayudar a volver a casa... - otro escalofrío. A qué carajo voy a volver, si seguro que cuando me pesquen, me boletean... Mejor dejate de dar ideas, Flaco...

- No sé si quiero volver a Buenos Aires... - esto lo dijo con un hilo de voz, y en un tono que más parecía una pregunta que un acerto.

- Y qué querés hacer?

- No sé... Por lo pronto, sacar a los chicos de este drama...

- Sí... - dije torciendo bruscamente el volante para evitar un pozo - Pero... cómo? A dónde vamos?

- Son muchas preguntas. No sé, decidí vos... - y volvió a enclaustrarse en su interior.

Será posible? Las mujeres no aflojan ni en medio de una guerra. Primero te lloran que las ayudes, después te tiran un tratado de filosofía barata por la cabeza y cuando te tienen totalmente manso y enternecido, te mandan al frente con el

famoso "decidilo vos" que te deja, siempre, sin saber qué hacer.

Conchisuhermana. Frené bruscamente, me bajé del auto y avancé unos metros por la grava, furioso.

Estábamos en lo alto de una colina. A la izquierda, el cielo se ponía de color azul oscuro, desdibujando las ondas grises de los cerros lejanos. A la derecha, el sol se deslizaba por el tobogán de más colinas, doradas y rojas.

Estaba fresco.

Se acercó despacio, con los brazos cruzados sobre el pecho y pateando piedritas. Se paró a mi lado. La mirada dirigida en idéntico sentido. A occidente.

- Los chicos se despertaron - dijo al rato.
- Vamos para allá - agregué yo, señalando al sol.
- Vamos - confirmó ella, regresando al auto.

VIII

Por más que uno dé vueltas y vueltas, finalmente todos los caminos conducen a algún pueblo. Sea este Roma o no.

En este caso, las vueltas y vueltas de nuestro camino nos condujeron a una región con algunos bosques, pobre y desamparada, a pocos kilómetros de la costa albanesa.

Silvia había tirado la esponja, y cabeceaba tristemente repitiendo:

- Murió... murió... estoy segura que murió...

Pero su fortaleza y algún recóndito hálito de esperanza no le permitían llorar abiertamente la pena de sentirse definitivamente abandonada.

Debe ser tremendo eso de perder la esperanza. Hace ya tanto que perdí la mía que ni me acuerdo cómo era tenerla.

Sentía pena por ella y por los chicos, pero no se me ocurría nada para decirle, para confortarla; para inducir la a que volcara su mirada hacia los dos infantes que lloraban - en silencio - al compás de la angustia de su madre.

A nuestro frente, iluminado por los últimos rayos del sol de la tarde, se presentó el pueblo. Plácido remanso, imaginaba, de cobijo y refrigerio; porque, para variar, me había entrado un hambre atroz.

Si el bestia de Velarde hubiese mirado más profundamente a su alrededor, advertiría que esta gente, los balcánicos, son feroces e indomables, pero hospitalarios como el que más; simpáticos y llenos de palabras de aliento y bienvenida.

No había hotel, posta u hostería en el pueblo, pero preguntando, llegamos a tomar cobijo en la casa de una viuda y su hija, que nos cedieron una parte de su vivienda para que pudiésemos descansar, comer y lavarnos.

Por supuesto, no entendí nada de la negociación que Silvia concretó entre frases entrecortadas y muchos ademanes, pues descubrí que el albanés es totalmente diferente al yugoeslavo; pero despacio y sin mucho rebusque, parece que pueden entenderse.

De todas maneras, los gestos universales de comer (llevando tres dedos a la boca), dormir (apoyando la cabeza en el dorso de la mano), y pagar (golpeando la palma de la mano izquierda con el puño derecho), se entienden en todas partes; máxime si quienes lo solicitan son un cuarteto de viajeros cansados y sucios como nosotros.

Acomodaron a Silvia y los chicos en un cuartito ubicado encima de lo que parecía un establo o galpón vacío, y a mí en el propio establo, señalando un jergón de paja, un farol a querosén y un balde para mis necesidades más urgentes.

Prepararon una cena a base de verduras y carne de cordero, y nos ofrecieron agua caliente con miel y canela como bebida. Había también algo de pan y galletas dulces, que embadurnaron en una espesa salsa de higos.

La viuda, ayudaba a Silvia con los niños y la más joven, su hija, me atendía a mí exclusivamente. Era bonita. Tenía el pelo muy negro, largo y lacio, atado con un pañuelo rojo. Vestía una camisa de hombre y pantalones sueltos que, de todas maneras, dejaban traslucir unas formas redondas, firmes, voluptuosas.

Silvia la miraba, me miraba a mí, y sonreía de costado en una mueca que interpreté como "Hombre al fin!..."

Carajo!, pensé. No soy un desaforado sexópata. La chica es linda, nada más... y me aboqué a mi guiso de cordero. Era rico. Bah!... Supongo que cualquier cosa es rica en esas circunstancias.

Mientras comíamos, llegó un hombre joven, que entró sin llamar a la puerta. Nos miró, dijo algunas palabras y se marchó. La chica se puso nerviosa y apuró el ritmo de la

atención, tratando de lavar los pobres enseres al tiempo que recogía las sobras y las echaba de nuevo en la olla.

Silvia terminó y se excusó, aclarándome que iba a tratar de hacer dormir a los chicos y a acostarse ella misma. Yo bebí un largo trago de agua fresca, me levanté y di las gracias, como correspondía, llevándome una galleta impregnada en dulce.

Salí al sereno. La noche se extendía estrellada, fresca y silenciosa. No tenía sueño, así que me animé a pasear unos pasos por la calle de tierra. Yo no fumo, pero reconozco que era una ocasión ideal para prender un cigarrillo.

Alejado unos metros de la casa, vi que la joven salía y se perdía entre las sombras, al costado del galpón. Va a buscar al quía... pensé divertido y regresé a acostarme yo también.

Acomodé el jergón, puse la bolsa como almohada y me incliné a apagar el farol que habían dejado prendido las mujeres.

Por la pared opuesta, de madera, se filtraba un fino rayo de luz entre dos tablas. Me acerqué a tapanlo y escuché susurros que venían de la habitación contigua. No pude con el genio y arrimé mi ojo derecho a la rendija. Se veía parte de la habitación, una cama, una silla, y el cuerpo entero de la joven y se adivinaba que estaba acompañada. Ella hablaba suavemente mientras iba desabrochando su camisa. Se la quitó lentamente dejando al descubierto unos hombros rectos, unos senos grandes, duros, perfectos, un vientre firme, musculoso. Luego, se desató el pantalón, dejándolo caer hasta las rodillas. Las caderas arrancaban de una cintura angosta, fibrosa, desarrollándose hacia abajo en glúteos redondos y fuertes, de piel tersa y sin marcas de ropa interior. Movié un poco las piernas y el pantalón cayó del todo. Unas manos masculinas aparecieron en el cuadro, recorriendo suavemente su vientre y las caderas, rodeando, muy despacio, los muslos gruesos y firmes. De repente, la cabeza del muchacho entró en escena,

hundiéndose entre las piernas de ella y besándole el sexo. Ella se tomó de las manos de él y las dirigió hacia arriba, hacia sus pechos, para que acariciara vientre y senos. Gemía despacito y suspiraba profundamente ante cada avance de la lengua del joven. En un gesto levemente violento, lo empujó, haciéndolo desaparecer del área de mi visión. Se mesó suavemente la larga cabellera y se dejó caer sobre el camastro. Una pierna doblada y la otra, cayendo displicente a un costado, ofreciendo a mi vista un pubis prominente con su sexo abierto, brillante. Los ojos entrecerrados y la lengua recorriendo los labios, invitante. El volvió al cuadro, excitado, potente. Se apoyó en ella y tomándose el pene con la mano derecha, lo introdujo lenta y firmemente, arrancándole un profundo y sonoro suspiro de dolor y placer.

No vi más. Mi cabeza estalló en una brillante supernova y perdí el conocimiento.

Cuando desperté, estaba desnudo y atado de pies y manos, boca arriba, sobre un elástico metálico sin colchón.

Qué bien conocía yo esa situación!

Qué extraña mueca del destino me retrotraía veinte años atrás, a mi juventud. A esos días en que, por unos pocos mangos, uno iba a hacer quilombo a las manifestaciones, a romper vidrios, a pegarle a cualquiera; a terminar, al fin, en una pose similar a ésta; con cuatro hijos de puta que te preguntaban cosas que no sabías. Entonces, me amenazaban con hacer estallar mis testículos, y les entendía bien clarito lo que querían; aunque no pudiera satisfacerlos.

Aquí, seguramente, la amenaza era la misma, pero no entendía un carajo. Gritaban y preguntaban por turnos, pegándome en el pecho con una fina lonja de cuero, en la complicada jerigonza del país. Chino, para mí.

- No les entiendo! - gritaba yo, desesperado. - No entiendo qué mierda quieren de mí! - y continuaban.

Eran tres. Uno gordo y grasiento, con cara de borracho; otro flaco, narigón, con ojos de loco de atar; y un tercero, de sombrero, con cara más normal, pero tan turro como los otros dos. Este último preparaba los cables y la fuente eléctrica de la picana, mientras el dúo se ensañaba con mi pecho, barriga, piernas y pies.

- Paren! Paren! - seguía gritando yo. - Traigan alguien que entienda!! - latigazo. - Pará, hijo de puta! No sé qué querés! - latigazo. - Por favor!!...

- Quieren saber del paquetito que trajiste de Argentina - dijo de pronto, en español, una voz muy calma detrás mío.

- Ay!... dígales que paren... Yo quiero hablar... por favor! - imploré, desesperado.

- Cuéntenos del paquetito...

- Sí... el paquetito... El viejo ese... Abbal... lo quemó... lo tiró al fuego... no lo tengo...

- No te creo. Dónde lo escondiste? - preguntó la voz.

- No!... Créame... no lo escondí... no lo tengo... Se lo di al viejo... lo tiró al fuego... lo juro...

Dos latigazos más.

- Por favor! Créame!... El viejo lo quemó...

- Se lo diste a la mujer!

- No!... Silvia!... Qué le han hecho?... Dónde están?... Los chicos...

- Nosotros hacemos preguntas. Tu contestas.

Más latigazos.

- No le di nada!... Ella no sabe nada!... No tiene nada que ver en esto.... Yo... Nos encontramos de casualidad...

A esa altura, había comenzado a sangrar por la nariz y el sabor dulzón de la sangre me llegaba a la boca, provocándome más malestar y miedo que los golpes.

- Mientes! - y nuevos latigazos.

- No!... no miento... Déjenla! No sabe nada...

- Ella nos dijo que tú le dijiste que el paquete estaba escondido.

- No es cierto!... No les dijo nada... No sabe nada... Quedó allá... en lo de Abbal... lo quemó.

La sesión continuó por varias horas. Las preguntas eran siempre iguales y mis respuestas también.

Nunca pude ver la cara del que hablaba español, pero su voz cadenciosa y ronca se parecía mucho a otra voz conocida, que no llegaba a ubicar.

Poco a poco, el dolor y el cansancio me fueron ganando y creí oír una última frase antes de desmayarme.

- Estás muerto, muchacho. Nos des o no el paquete, estás muerto.

El próximo despertar fue peor. Estaba encapuchado, desnudo y con las manos atadas a la espalda. Unas fuertes manazas me sostenían de los brazos y me obligaban a caminar, descalzo, por un suelo que parecía agreste, riposo. Piedras y ramas se clavaban en mis pies, haciendo que, de tanto en tanto, cayera de rodillas, lastimándome más. Oía voces y órdenes a mi alrededor; y percibía, apenas, el rumor del viento y de una cascada.

Cuando creyeron que era suficiente, pararon y me obligaron a caer arrodillado al suelo. Una mano firme quitó mi capucha de un golpe. Y la vi.

A pocos metros, arrodillada y abrazando a los críos, estaba Silvia, encañonada por un tipo que apuntaba una itaka a su cabeza. Algo más cerca, había otro que me apuntaba a mí. Estábamos en un bosque ralo, cercano a un pequeño arroyo cristalino.

Detrás mío, sentía la presencia de un tercero que parecía putear en voz baja y en su idioma. Había más, pero no

los veía. Voces, órdenes, nerviosismo. No debe ser fácil matar a un cristiano, aún para aquellos que parecen acostumbrados a hacerlo. El tiempo transcurría y nada pasaba.

Sentí el inconfundible sonido del martillo de un arma al prepararse. Era el fin, seguramente.

Aquí quedaré, desnudo... - pensé - Nadie va a reclamar por mí. Nadie va a atar un pañuelo a su cabeza y girar y girar alrededor de una estatua por mí. No soy un desaparecido. Nunca existí. No estoy en ninguna lista, no figuro en ningún cartel. No soy... y si me matan, a quién carajo le importa... Sin embargo, he vivido... y seguiré viviendo, aún entre las sombras; mal que les pese a éstos o a otros que han querido acabarme, terminar conmigo; convertirme en un sórdido montón de huesos y carne, excluirme, olvidarme, deshacerse de mí.

No me rindo. Jamás me rendiré. Aún desde las blancas zonas de la nada, gritaré el grito sordo de los desposeídos; de los que no son; de los que no fueron. Cantaré las canciones alegres de los sanos de espíritu; del amor a las cosas, a los otros, a uno mismo. Beberé el agua pura de mis afectos. Nadaré en el mar ancho de mi historia; que sí existe; que fue y es sólo mía. Moriré mi muerte a solas. Como todos. Entregándome a los besos que me dieron y que di, a las manos que me tocaron y con las que toqué, a los cuerpos que se abrazaron a mí y a los que abracé, a las palabras que dije, a las palabras que escuché; a las lágrimas que vertí y a las que alguien, rozado apenas por mis besos, mis manos, mi cuerpo o mis palabras, verterá al extrañarme, un momento después. Y nada más.

De pronto, entre los árboles, casi frente a mi, surgió una sombra gris, veloz, resplandeciente; envuelta en rayos luminosos y estallidos cadenciosos, atronando el espacio con violentas andanadas de mortales zumbidos.

Llevaba una pistola en cada mano, y corría y saltaba sin descanso.

Primero cayó el que apuntaba a Silvia. Sin un grito, fulminado. Luego sentí que se desplomaba el que estaba detrás mío. Por último, el que me apuntaba, saltó, disparando su arma a la nada y elevándose en el aire para caer aparatosamente sobre un costado.

La figura, rodando ahora por el suelo, continuaba disparando las dos armas. Lejos, se oían otros estampidos y gritos de dolor.

Pegado al suelo y de costado, intenté arrastrarme hasta el lugar en que había visto a Silvia. Un grito me detuvo.

- Quedate donde estás, Flaco!! - en perfecto argentino.

Los tiros y gritos terminaron, y se hizo un silencio sepulcral.

Con la cara enterrada en el pasto húmedo, sentí que alguien soltaba mis manos.

- Rápido! - dijo la voz. - Todavía quedan algunos. Vamos, levántate!

Me levanté y casi me desmayo, pero esta vez de la sorpresa.

- Mudo! - grité, confundido.

- Sí. Vamos, sacale la ropa a ése y rajemos... Vamos, señora. Corra hacia allá. Hay un auto. Rápido!...

Estaba paralizado de frío y perplejo. No podía creer lo que veía. El Mudo... qué hacía aquí?... Qué era todo esto?...

- Dale, pelotudo. Vestite y vamos. Van a volver con más gente. Bajé a cinco, pero dos huyeron. Apurate!

Con gran aprensión, desvestí a uno de los muertos y me puse sus pantalones y su campera, mientras el Mudo recogía las armas desparramadas.

Corrimos hasta un auto escondido entre arbustos, donde ya estaban Silvia y los chicos. Subimos y el Mudo arancó, arando el campo con las ruedas traseras.

- Tomá - me dijo, arrojando en mi falda las dos pistolas - Cargalas. Sabés?...

- S... Sí... creo que sí...

- Allí, en la guantera, hay munición. - agregó

Abrí la cajuela y saqué un paquete de balas. Extraje los cargadores y comencé a llenarlos, tembloroso.

- Tranquilo - decía el Mudo -, en pocos kilómetros más llegamos a la costa. Allí hay una casa, un refugio. Un barco nos llevará a Italia... mañana... Ahora tenemos que estar atentos. Nos van a seguir.

El coche corría por la espantosa ruta, saltando y bamboleándose en cada pozo, cada lomo de burro.

En una curva cerrada, el auto se inclinó y mordió la banquina desestabilizándose y haciendo un doble trompo, quedando invertido al sentido de marcha.

A lo lejos, se veía una camioneta que se acercaba echando putas.

- Carajo! - maldijo el Mudo. - Vení, Flaco. Manejá vos, y rápido, dale.

Me empujó, cambió de asiento tomando las armas, y yo corrí alrededor del coche ubicándome en el volante. Arranqué violentamente y giré, retomando velozmente la ruta.

- Al suelo, señora - gritó el Mudo, empujando a Silvia. - Tape a los chicos con su cuerpo y quédese allí. Vos, Flaco, cruzá el coche y pará.

Lo hice. Pegué un volantazo y frené. El Mudo se bajó corriendo, se paró en medio de la ruta y se preparó. En pocos segundos, la camioneta se puso a tiro.

Alguien se asomó por una ventanilla y disparó. El gigantón se sacudió, inclinándose un poco de costado y sin dudar, comenzó a disparar sus dos armas a la vez.

Diez, doce, trece disparos que impactaron de lleno en el vehículo que se acercaba velozmente. A pocos metros nuestro, se inclinó de costado volcando e incendiándose. El

Mudo corrió hacia nosotros y se trepó al auto en el preciso instante en que la camioneta estallaba.

- Vamos, arrancá - me ordenó.

Su costado izquierdo estaba rojo de sangre.

- Le dieron! - grité - Mudo... está herido...

- Sí - dijo tranquilamente. - Señora?... Está bien?

- Sí... Sí... - constestó Silvia desde atrás. - Pero... usted...

- Yo estoy bien. Sigamos. No tan rápido, Flaco... Tené un poco de cuidado.

Avanzamos por la ruta hasta el cruce con un camino que corría paralelo al mar sobre el filo de un acantilado. Más adelante, un pueblito, y más allá, una pequeña bahía con muelle y una pequeña construcción de madera y chapa.

Sin soltar las armas, con su brazo izquierdo tieso y la mirada brillante, el Mudo nos guió, pasando el caserío, hasta la casucha del precario desembarcadero. Paramos y bajamos. Silvia alzó a los dos chicos, y yo le serví de apoyo al hombrón, que ya comenzaba a flaquear por la cantidad de sangre perdida.

El refugio era pequeño pero ordenado. Tenía una habitación con cocina y una mesa con sillas y otro cuarto más pequeño con una cama, mesa de luz, un lavatorio, toallas y sábanas.

Conduje al Mudo hasta la cama y lo ayudé a acostarse.

Silvia acomodó a los chicos en el living-cocina y se acercó a ayudarme.

Entre los dos, le quitamos la camisa; lavamos la herida, que era terrible, y tratamos de contener la hemorragia poniendo compresas de toalla. En el proceso, se desmayó. Terminamos y salimos del cuarto.

- Debemos buscar un médico - dijo Silvia con sensatez.

- No sé de dónde lo vamos a sacar...

- En el pueblito. Allí debe haber alguien. Por qué no vas?

- Sí. Tenés razón. Voy. Quedate aquí.

Me demoré, nervioso. Di una vuelta a la mesa y abrí la puerta del cuarto para observarlo. Estaba despierto.

- Estoy bien - me dijo. - Andá al auto y sacá mis cosas del baúl... Por favor...

- Voy a buscar un médico y...

- Nada de médicos. Traé mis cosas - ordenó.

Le hice caso, y a los pocos minutos estaba de vuelta con un maletín y una manta de viaje.

- Allí, en la valija hay un frasquito y una jeringa pre-cargada. Volcá el frasquito en la herida y aplicame la inyección en el brazo.

- Pero... yo... no sé...

- Dale. No seas cagón. No me va a doler más que esto - dijo, tocándose la herida.

Seguí sus instrucciones. Lo desinfecté con el líquido y le inyecté el contenido de la jeringa. Silvia lo volvió a vendar usando tiras de sábana.

- Lo vamos a llevar a un médico - insistí - Yo voy a buscar alguno al pueblo. La señora lo va a cuidar mientras tanto.

- Ni hablar - dijo enérgico - No hay tiempo. El barco vendrá en unas horas y hay que abordarlo, sí o sí.

- Pero eso es grave - señaló Silvia.

- Ya lo sé. De todas maneras...- dijo, enigmático y volviendo a su tono policial, ordenó - Sacá del maletín un grabador y armalo. Voy a contarles todo.

Desparramé el contenido de la valija y encontré un aparato grabador tipo periodista con cable y micrófono. Lo armé y lo encendí para probarlo.

- Vení. Sentate en la cama. Esta cinta les puede servir como seguro de vida... a los dos... cuídenla... Dale, empecemos.

Encendí el aparato y puse "Record", apuntando al pálido hombrón con el micrófono.

IX

- En primer lugar, la mina que te encontraste en Atenas no era Aetna. Era una amiga. Aetna me llamó el día que saliste, asustada porque la habían deschavado y quería que le dijera cómo rajar... Pobre... dos días después estaba muerta...

Hizo un largo silencio, bajó los ojos y tragó saliva. Hablaba despacio, tranquilo, pronunciando cada palabra con claridad; los ojos entrecerrados, las manos enlazadas, quietas, como queriendo contener el dolor que evidentemente sentía.

... Yo la amaba... Eramos novios, sabés?...

Casi me caigo de la silla. No pude evitar preguntar:

-Pero?... No es que era trola?

- Eh??... Trola?... No... Para nada. - sonrió - Esa fue otra de las chantadas del Pato... Para que no se te ocurriera avivarte con ella... Para asustarte un poco más. Era muy dulce. Muy linda, muy mujer... y muy inteligente. Yo aprendí mucho con ella. Me enseñó a mirar un cuadro... Berni, Petorutti, Tapies... pintura, digo. Me enseñó a oír música... Beethoven, Debussy, Los Beatles... Me explicaba por qué pasa lo que pasa en el mundo... La pérdida de la sensibilidad artística... Hablaba de los clásicos, de poesía, de cómo hay que entender a Shakespeare, Borges, Arlt, Voltaire. Esas cosas... Estuvimos más de tres años de novios. Ella me educaba en arte y yo le hablaba de mi trabajo, de la gente, de los negociados, de cómo las personas cambian ante un mínimo atisbo de poder, de dinero... Hasta que surgió lo de Grecia. Yo tenía que ir... que venir, digo, porque se había armado un quilombo con el tema de las armas a Bosnia y nosotros... digo... el servicio tenía que mandar lo que se llama un "tapón de zona". Un agente que se instala más o menos cerca de un área de conflicto - o de negocio - y controla los movimientos de los otros agentes que andan en el caso. Si se da, tenés que ayudar. Si no, con estar

bien informado alcanza. Por entonces yo tenía a mi mamá muy enferma y Aetna se ofreció a ir en mi lugar; así yo me quedaba con la vieja por si se moría. Es un laburo fácil, pero no quise y nos peleamos. Sin decirme nada, se fue solita a ver al Chanco... que en realidad es un coronel del ejército...y lo convenció del cambio. Cuando me enteré me puse como loco. La puteé tanto, me acuerdo... Pobrecita... Bueno, el caso es que finalmente acepté y partió. Acordamos que cada dos meses, más o menos, nos encontraríamos en algún lado durante una semana, o algo así, siempre y cuando la vieja estuviera bien. Si se moría, yo me iba para allá, tomaba su laburo y nos quedábamos juntos. La vieja murió, y el hijo de puta del Coronel me quiso mandar a Perú, para hacer el mismo trabajo pero con el tema Ecuador. Armé un quilombo bárbaro...pero me calmaron, como siempre se hace en estos casos...

- Como?

-... y... me dieron una marimba de palos... Y lo que es peor, me amenazaron con hacerle daño a la Pichi, allá, en Grecia. Estaban todos hasta las manos con el asunto de las ventas de armas. En el servicio no se hablaba de otra cosa. A cada rato teníamos que correr a teparle la boca a alguien. Empecé a hartarme. Muchas veces caían justos por pecadores, y terminábamos apretando a personas que no tenían nada que ver. Mujeres o hermanos de tipos que estaban metidos - Para que escarmienten, decían - No entendía tanto afán por cubrir esos negocios de mierda... Tanta sangre por unos pocos pesos... Si hasta fueron capaces de “borrar” al cuñado del Coronel con tal de tepar un agujerito de tres mangos con cincuenta. En fin... Yo me convencí que en algún momento me iba a tocar a mí. Por mi tamaño y habilidades siempre estaba haciendo “cola” en los procedimientos (“cola” es el que termina apretando fuerte al punto que se ha elegido para

escarmentar) Me estaban “quemando”... Tenía que cubrirme. Empecé a juntar cosas...

- Cosas? - Pregunté ingenuo

- Si... Cosas... Pruebas... Papelitos que se pierden, fotos duplicadas, algún objeto chiquito con la etiqueta de algún borrado... esas cosas... Además, estando solo, no tenía mucho para gastar, así que empecé a ahorrar la mayor parte de mi sueldo y de los beneficios colaterales (Eso no te voy a explicar qué es) , y le mandaba todo a Aetna con correos especiales para que las fuera guardando, por si las moscas. Fui un boludo. Tan concentrado estaba en cubrir mi futuro que no me avivé que todos sospechaban de mí. El Pato, por ejemplo, no solamente no me dejaba ni a sol ni a sombra sino que me decía a cada rato: “Vos sos mi calzoncillo. Si alguien quiere romperme el culo, primero te tienen que bajar a vos. Entendés?” . Entendía, claro que entendía. Tan ocupados estábamos todos en tapar la mierda que brotaba por todas partes que nadie le prestó atención al nuevo quilombo que se estaba armando en esta zona. Los únicos que teníamos experiencia éramos el Pato y yo. El porque tenía un primo o pariente lejano casado con una hija de yugoslavos, y yo porque tenía a mi novia “enganchada” y viviendo en Grecia. Nada más que por eso nos asignaron al asunto. Empezamos por averiguar... Bah! Empecé yo, porque el Pato tomó la tarea como una beca de descanso y se fue a la mierda... A Villa Gesell con una mina, o algo así... Yo, decía, averigüé qué argentinos eran residentes allá, qué hacían y si era posible contar con alguno en caso de necesidad. El contacto...

Se detuvo. Muy trabajosamente, se inclinó hacia adelante y trató de alcanzar el vaso con agua. No pudo y Silvia, solícita, se lo dio. Bebió un trago corto y chasqueó la lengua.

- Gracias... - siguió - El contacto con la zona era muy difícil. No hay una conexión de droga entre Buenos Aires y Belgrado;

ni tampoco tenemos contrabando desde allá... este... acá... a la Argentina. Así que un subterráneo directo del tipo tradicional, no era posible. Había algunas empresas que comerciaban en exportación e importación, y además algunos intercambios científicos o técnicos interesantes para el país, pero de poca utilidad para los fines del Servicio. No se puede apretar a un profesional honesto para que lleve y traiga mercaderías o cosas, como se hace con los narcos o contrabandistas... Hay que ser más sutil... Engañarlos... Hacerles creer que llevan y traen cosas importantes para ellos . Cuando tuve todo más o menos estudiado, lo llamé al Pato al celular y le dije que las cosas estaban más o menos controladas . “ No rompás las pelotas, Mudo”; me dijo. “Dale vos para adelante. Yo voy el lunes”. No vino; así que empecé yo solo a tender la red. Necesitábamos alguien que entregara y alguien que recogiera. En el medio hacía falta un codec... perdón... un codificador y descodificador, que organizara la información y la despachara para un lado o para el otro. Descubrí que, en Belgrado, había un viejo escritor y periodista frustrado que alguna vez estuvo laburando de servicio para el gobierno de Lanusse.

- Abbal? - interrumpí con un hilo de voz.

- Si. Abbal. En aquella época, Abbal era joven y trabajaba como corresponsal free-lance para uno o dos diarios de Buenos Aires. Chupaba y se drogaba, así que lo rajaron a la mierda. Como estaba sin laburo, enganchado con una mina mucho más joven que él y con un bebé, resultó presa fácil para los torpes del Servicio de entonces. Lo engancharon y durante un cierto tiempo leyó los diarios y sacó alguna información que mandaba vía Italia. Hasta que la minita se le rajó. Esto habrá sido allá por fines de los '70. Como a los milicos del proceso nunca les importó una mierda del servicio internacional - estaban muy ocupados cagando gente adentro - Se olvidaron de Abbal, que se dedicó a vivir de traducciones y

alguno que otro articulito mandado por fax a cualquier lado. Yo lo encontré...

Se detuvo nuevamente y repitió la rutina de intentar incorporarse.

- Más agua? - preguntó Silvia.

- Si... Gracias...

Le volvió a dar de beber, y esta vez sostuvo un poco la ruda cabeza para que pudiese tragar mejor. Yo aproveché y cambié un poco mi posición pues el brazo se me dormía de sostener en alto el micrófono.

- Gracias... gracias... Tratá de que grave bien - me dijo, mirándome muy serio.

- Si. Siga, nomás...

- La red se armaba con Aetna haciendo de tapón en Grecia, y con un estudiante de arte que encontré en Italia y que pertenecía a una familia muy paqueta de Mendoza. El pibe vivía a frula y pastas, y se había metido a hacer de mula de unos narcos italianos llevando y trayendo unos pocos gramos y algo de guita. Fue fácil. Lo apretamos un poco y enseguida empezó a llevarle a Abbal las cajitas con instrucciones y a traer los informes. Un día, el muy boludo, se tomó como seis papeles y se cayó por la borda del barquito que lo llevaba a Italia. Nunca supimos si se lo comieron los tiburones o si se quedó en el fondo por el mambo que tenía. La cosa es que lo perdimos y teníamos que reemplazarlo...

- Me falta algo, disculpe. Pero, cómo recogía Abbal la información? - Preguntó Silvia con un dejo de ansiedad.

- Ya. Ya llego a eso... Espere... El chabón ése, nos dejó sin correo durante casi dos meses, y todo ese tiempo estuvimos usando a Aetna y a su amiga... la gordita...

Uy! la gordita! - pensé; preparándome para interrumpirlo si llegaba a explayarse más en ese tema; pero, echándome una mirada cómplice, continuó:

- Pero eso era un quilombo. Había que llevar todo a Grecia y además yo me ponía muy nervioso. Una cosa es trabajar de tapón, y otra muy distinta es hacer de correo. Es peligroso. Sos un fusible. En cualquier momento...

Se calló por un instante en el que creí advertir que sus ojos se ponían brillantes por las lágrimas. Se recompuso y continuó.

- Poco a poco empezaron a presionarnos con más y mejor calidad en la información que manejábamos. Lo único que querían saber los turros de arriba era si había alguna posibilidad de armar ventas ente las partes en conflicto... Albaneses, aunque más no fuera... y jodían con que apuráramos los correos y ampliáramos los datos...

- Ahí aparecí yo - Acoté, pasándome de listo.

Me miró con cara de enojado y me hizo callar de mala manera

- Dejate de pavadas y seguí grabando.

- Perdón - dije, realmente compungido por la interrupción.

Relojé el grabador, hice como que tocaba alguna tecla y lo miré, esperando la continuación de la historia.

- Bien. Necesitábamos restablecer el correo, y para peor, la "fuente" que teníamos corría un serio peligro. Se había puesto a coquetear con las dos partes, y a los Serbios no les gusta un carajo que alguien juegue a dos puntas. Y ese era el caso de nuestro hombre en Belgrado... Su marido, señora...

Casi me da un infarto. Silvia se tensó, nos miró muy seria a los dos y sin decir ni una palabra, se levantó y salió del cuarto.

- Qué le voy a hacer... - se disculpó el Mudo.- El tipo era un sorete que lo único que quería era hacerse de unos mangos extra para gastárselos en juego y putas. Uno de esos típicos ejecutivos de mierda de empresas multinacionales que no tienen moral ni nacionalidad, y que creen que la vida pasa por juntar guita para comprar una felicidad que ni siquiera saben usar. Me acuerdo que Aetna decía que la felicidad es querer lo que se tiene, y no obtener todo lo que se desea... Con una

familia y una mujer como ella!... Bonita, inteligente, valerosa... Y buen, así le fue.... Dame agua.

Dejé el micrófono y me incliné para alcanzar el vaso. Hice un movimiento torpe y se me cayó el grabador apagándose. Ante mi torpeza, el Mudo se sonrió y dijo:

- Aclarate... Primero el agua. Después arreglás lo del cassette.

Le alcancé el vaso, y mientras bebía me agaché a recoger el desparramo que había armado. Junté las pilas, la tapa y la cinta y me incorporé a tiempo para retirar el vaso de las manos del herido.

- Ya está? - Preguntó, y sin dejarme responder agregó: - Sigamos.

- Si... Espere... Ya está... Dele.

- Este tipo, Ramos, trabajaba desde hacía unos ocho años en la empresa petrolera Cummings, en la que su viejo era accionista. Estudió ingeniería en la UBA y el papá lo hizo entrar con un cargo ejecutivo. Allí conoció a la señora... Era secretaria en la compañía, y viene de una familia normal, de clase media, padres laburantes... en fin... de esa clase de gente a la que no podés rastrear porque no tienen nada que esconder. Vaya uno a saber cómo la enganchó. Se casaron y al poco tiempo ella queda embarazada del pibe. El otro, con ese afán de atropellarlo todo, se mete en coimas y negociados, convirtiéndose en un dolor de cabeza para los dueños de la empresa y para su padre. Tanto jodió que en cuanto tuvieron una oportunidad se lo sacaron de encima. Porque además era buchón y mentiroso, el muy idiota. En fin... Agarraron un contrato en conjunto con la Shell en Yugo eslavía, para construir no sé qué refinería o algo así y lo fletaron con familia y todo. Primero lo mandaron a Italia, a un entrenamiento de varios meses, después a Belgrado. Allí se dedicó a lo que mejor sabía hacer; gastarse el sueldo en casinos y piringundines, arruinándose poco a poco y, lo que es peor, metiéndose en deudas de juego con la mafia serbia... que no es

una de las más tolerantes del mundo que digamos... En eso estaba cuando, por una casualidad, llega el expediente a mis manos y me doy cuenta que era el tipo ideal. Los convencí al Pato y al Coronel de ponerle un sebo, y picó. Ya sabés cómo es eso. Le arreglábamos las cuentas con la mafia, le tirábamos un huesito, le garantizábamos cierta inmunidad y el tipo nos pasaba los datos que queríamos saber; pues por su laburo, estaba bastante bien relacionado con la gente de defensa del país. Queríamos datos de la disposición de la industria yugoslava de materiales estratégicos y armamento, sus condiciones económicas para bancar una guerra, necesidades de las fuerzas de seguridad, etc., etc.. Todo lo necesario para preparar una posible venta. Yo, por las mías, le pedía algunos datos de la economía subterránea. De drogas, contrabando... esas cosas... Para el archivo, viste? Uno nunca sabe con quién se va a tener que topar en el futuro... pero el coso nunca me mandó nada... Los pagos se los hacíamos a través de Abbal, mandando diskettes con las claves de las cuentas cifradas en las que depositábamos la guita para la mafia, más algún cheque en dólares para él. Abbal organizó todo esto bastante bien porque, a pesar de todo, el viejo era un tipo muy hábil. Especialmente cuando estaba sobrio. Pero el Ramos éste era un gil. En lugar de quedarse en el molde y abocarse a su trabajo y a nuestros pedidos, siguió y siguió con su rutina, endeudándose cada vez más con los mafiosos. A través de Abbal nos hacían llegar más y más pagarés del idiota, sumando cifras que ya empezaban a convertirse en problema. Por otra parte, los datos que mandaba no alcanzaban a cubrir las expectativas del Coronel y de los otros que esperaban algo más sustancioso para poder cerrar algún pase de mano importante. Yo terminé de hincharme las bolas y le planteé al Pato la posibilidad de viajar para encararlo al tipo, blanquear el tema con la mafia y enderezar todo el asunto. Entre otras cosas porque hacía ya varios meses que no aportaba nada

interesante en el terreno de los verdaderos informes militares o económicos y porque, además, tenía muchas ganas de ver a Aetna. Me sacó cagando, aduciendo que los costos de la operación no daban para mandar a nadie. Si salía un negocio, seguro que sí. Si no, no. Ahí fue cuando perdimos al correo... el drogadicto ése que se ahogó...

Le dio un acceso de tos y se puso muy colorado, haciendo gestos de que le alcanzara más agua. Cuando se hubo calmado, continuó.

- Me desesperé. El imbécil de Ramos había empezado a querer trabajar por las suyas intentando vender informes nuestros (muy pocos) a los serbocroatas. Lo iban a pescar, porque para hacer eso hay que ser un profesional de primera - y Ramos no lo era en absoluto - y además porque esos tipos no tienen nada de boludos. Lo más peligroso era que la mafia se cabreara, como finalmente pasó, y que corriese peligro Abbal. O peor, Aetna.... Ahí apareciste vos. Nos costó un tiempo precioso poder engancharte. Sos bastante bueno en lo tuyo, y tuve que seguirte los pasos por casi un mes. Te seguía día tras día sin que te dieras cuenta, esperando que cometieras un error fatal, o que te mandaras alguna cagada como la que te puso en la mira... Estafar a alguien conocido, por ejemplo... No hiciste ninguna. Elegís muy bien a tus puntos. Siempre son tipos o tipas que merecen que las caguen... Entonces te tendimos la trampa. El Pato se te apareció como "punto" y... Bueno, el resto vos lo sabés... Rápidamente te preparamos y te mandamos al "agujero", como se dice. Era tarde... Queda cinta?

- Si - dije - No mucha pero queda.

En ese momento entró Silvia; el rostro desencajado, los labios apretados, los ojos rojos, dando todas las muestras de haber llorado. Traía una bandeja con comida y más agua. Creyendo que haríamos un recreo para comer, apagué el grabador.

- No, gracias. No quiero comer. No hay mucho tiempo. Sigamos.
- Coma algo - Insistió Silvia, con voz ronca - Se va a sentir mejor.
- No, señora- Fue terminante, y dirigiéndose a mi me ordenó:
- Sigamos.

Silvia salió, dejando la bandeja a los pies de la cama. Apreté el botón y volví a apuntarle con el micrófono.

- Era tarde, decía. A Ramos ya se lo habían chupado los mafiosos, ante nuestra falta de pago. Y Abbal, desesperado y temiendo por sí mismo, cometió el error de ponerse en contacto con Aetna para tenerla al tanto, o para preparar su raje... qué sé yo. Aetna me llamó, quebrando el código de silencio, y me dijo que se iba a Belgrado a sacar a Abbal. Le dije que no; que no fuera. Que me esperara a mí. Que vos ya ibas en camino y que todo se iba a arreglar. No me hizo caso. Dejó a la amiguita para que se ocupara de vos y partió. Abbal tenía pegados a los mafiosos, a los serbios, y vaya uno a saber a cuanta gente más y aunque le llegaran los nuevos códigos - Esa era la cajita que le llevaste - no iba a poder zafar muy fácilmente. Aetna estaba en viaje, y yo ya no tenía cómo detenerla ni cómo comunicarme con ella. Intenté llamar al viejo desde Buenos Aires para advertirlo, pero no pude establecer la comunicación

- Ya sé. A mí... - Me interrumpió con un gesto y siguió.
- Lo único que quedaba era venirme yo. Le dije al Pato que toda la operación estaba en peligro, y me volvió a negar el permiso. No le hice caso. Me armé una documentación falsa y me largué por las mías, rogando llegar a tiempo para impedir que Aetna se metiera en la boca del lobo. Fui al aeropuerto, y allí me interceptó el Pato. Me dijo que era un boludo, que ninguna mina valía que un tipo como yo arriesgara el pellejo por ella, que lo podía poner en mala posición a él, que si no me convencía me iba atener que “domar”, que me diera cuenta

de todo lo que estaba en juego, y no sé cuantas cosas más. Lo dejé que creyera que me había convencido y me subí al auto con él y un chofer. En la autopista, pelé la 9 mm y les metí un tiro a cada uno, los puse en el baúl y volví al aeropuerto justo a tiempo para subir al avión. Hice el viaje muriendo de angustia y de rabia. Cuando llegué a Grecia, tuve que apretar un poco a la gordita para que me consiguiera transporte rápido a Belgrado. Me armó un vuelo privado esa misma tarde. Volando a veinte metros del piso para evitar radares, llegué a un aeropuerto a 70 Km. de la capital, donde robé un auto y manejé como loco hasta lo de Abbal. Todo sucedió más rápido de lo previsto. Interceptaron a Aetna, la chuparon, y le sacaron la dirección del viejo... La deben de haber torturado... Hijos de puta...

Hizo un corto silencio y chasqueó la lengua.

...Cuando llegaron al aguantadero, vieron que un tipo salía apurado, lo siguieron unas cuadas y lo boletearon. No se dieron cuenta que vos ya habías estado. Esos minutos de duda que pasaste en el cuartucho te salvaron la vida. Volvieron, pero vos ya habías volado. Yo llegué una media hora después, perdiendo tu rastro y el de los mafiosos. Me costó toda la noche reconstruir los hechos. Sumergido entre los papeles y notas del viejo, pude armar un esquema de lo que había pasado y preparar un plan para, por lo menos, sacarte a vos... y a la señora... Confieso que me mamé con un licor que encontré por ahí... No quería pensar en Aetna... Por momentos, estuve a punto de largar todo y volverme... Pero... Ya ves que no lo hice...

Esbozó una mueca que quiso ser sonrisa y siguió.

- Te seguían. Desde el mismo momento que pisaste suelo yugoeslavo fuiste seguido por varios hombres de la mafia que tenían la consigna de dejarte entregar el bulto y matarte después. El viejo borracho del ómnibus, el pibe de Belgrado...
- Eh?... Tone?... Era?...

- Si, Tone... El cura de la fábrica. El doctor Velarde... Todos... Tuvieron mala leche. Por esos azares del destino, fuiste quedando libre y con tiempo. El encuentro con Silvia fue casual. Aunque se hubiera producido de todas maneras... Así estaba planeado... A ella hacía varios días que la seguían porque suponían que alguien la iba a contactar desde nuestro lado... Vos... Sabían, por supuesto, que Ramos estaba “frito”, pero no tenían claro si les llegaría otro envío o no. Lo esperaban. Era guita, entendés? Así que en un primer momento los siguieron de lejos. El cura los hizo apuntar hacia el campamento dónde el loco de Velarde debía retenerlos. Tu ira y la trompada que le pusiste hizo que zafaras por segunda vez. Revisaron todas tus cosas y no encontraron nada. Así que lo único que les quedaba era interceptarlos y actuar en forma directa. Pero huiste... huyeron... ganando otro poco más de tiempo, esencial para mí. Detrás de ellos iba yo. Siguiendo el rastro más que evidente que dejaba tanta gente corriendo en pos de una cajita que ya no existía... Ja!, Ja!, Ja!... Coj!... Coj!

La risa se convirtió en tos, y me hizo señas desesperadas para que le alcanzara más agua.

- Gracias - repitió cuando pudo hablar.- Queda cinta todavía?

- No... Ya no queda más...

- No importa. Lo fundamental ya está dicho. Lo demás lo sabés... Lo viviste. Tené mucho cuidado. Este tema terminó, pero siempre queda alguno que recuerda... Que puede identificarte. Huyan. Tomen el barco y rajen a algún lugar seguro... Suiza... España. Sobre todo, no vuelvan a Buenos Aires todavía. Allá debe haber mucha bronca por el negocio frustrado... Y si alguien hace bien su trabajo, en el Servicio, digo (cosa que dudo), todavía les pueden aportar algún dolor de cabeza. Busquen un lugar donde puedan esconderse por un tiempo... hasta que se olviden o se dediquen a algún otro

negocio donde ustedes no importen más... Y sobre todo...
Perdoname... Perdónenme...

- Perdonarlo... Yo no tengo nada que perdonar... Usted me salvó la vida... y lo digo en más de un sentido. Tendría que darle las gracias, en todo caso...

- Como quieras... Por favor, alcanzame esa carterita - Señaló un pequeño neceser que sobresalía del resto de sus cosas. Se la alcancé y la tomó en sus enormes manos, abriéndola delicadamente y sacando un papelito. Me miró y me tendió el papel.

- Tomá... Acá hay algo de guita... Tenela... Era nuestra... Te la doy... Usala bien...- Iba a protestar, pero me paró de nuevo con su gesto autoritario.

-...Ahora, dejame dormir. Estoy cansado.

- Pero!!

- Hacé lo que te digo...

Salí del cuarto dejándolo solo con su bolsito. El papel tenía el nombre de un banco en Suiza y un número clave.

Una o dos horas después, me animé a asomar la cabeza para ver si estaba bien. Si tenía hambre o sed.

Estaba muerto.

Entre las manazas, cruzadas sobre el pecho, sostenía dos ajadas fotografías. Una de Aetna, obviamente; y la otra de una señora vestida como en la década del '50 con un niño agarrado a su pollera.

Sus ojos cerrados no ocultaban cierta sensación de paz.

Sentí una pena enorme. Un hombre valioso el Mudo... Como se llamaría en realidad?... Era una de esas perlas que se engarzan cada tanto entre los burdos cascotes del tosco y barato collar que es nuestra sociedad. Era un capo en lo suyo.

Un especialista comprometido con su trabajo; bruto pero derecho como un poste de luz. Sin tipos como él que hacen lo que se debe en cada actividad... medicina, educación, ciencias, arte, industria, policía... que no transan, y hasta dan la vida por las cosas que creen; este país no andaría. Andan en las sombras, sin descollar, sin aparecer en los medios, haciéndola difícil para los Patos, Ramos, Coroneles y Velardes que pululan a montones. Los Mudos realizan su trabajo sin chistar; corriendo siempre el riesgo de quedar “quemados”, en el más amplio sentido de la expresión... pero siguiendo su destino de laburo y de servicio. Hay miles, lo sé. Hay miles en todas partes. Por eso seguimos funcionando. Por eso todavía vivimos... Qué lo parió!... Pobre Mudo... Y ahora qué hago?... Mejor dejo todo así y rajamos. Voy a buscar a Silvia y no le voy a decir nada... Mejor dicho, le voy a mentir.

X

- Es como un sueño. Como una pesadilla de la que quisiera despertar. Cuando uno despierta siempre se siente bien porque sabe que lo que soñó es mentira. No es real, no existe. Quisiera que todo esto desapareciera. Que al despertar viese las cortinas floreadas de mi cuarto, el cuadro azul en la pared de enfrente a la cama, manchado con los rayos de luz del amanecer. El ruido del auto calentando en el garaje. La radio encendida, el canto nervioso de los pájaros. La sensación de paz de aquellos días - Dijo Silvia mientras esperábamos en el muelle.
- Yo he soñado peores pesadillas. Y nunca desperté...
- Tus pesadillas... Mis pesadillas... Esta horrenda sensación de ir cayendo en un vacío sin fondo. Este vuelo a ciegas sobre terrenos que no conozco y que me agreden... Sentimientos que no logro entender... Clasificar...
- No es necesario clasificarlos, digo...
- Me criaron así. Con explicaciones para todo. Si hay algo que sale mal, es porque uno hizo algo mal...
- Eso no es cierto. Recordá Mullet, Durrés... Qué hizo esa gente? Nada malo, salvo existir...
- Quizás... - dijo, y se sumió en uno de sus típicos silencios.
- Lo amabas?... A Enrique, digo.- Pregunté de golpe
- Qué?... Si... No sé. Me sentía segura... Quiero decir... Durante un tiempo me sentí segura. Después no. Después comenzó la pesadilla. Tuve mucho miedo
- Ya pasó lo peor
- Sí. Pero sigo teniendo miedo...
- Yo también... No sé lo que me espera a la vuelta de la esquina. Estoy solo. La miseria y la muerte me pasaron muy cerca... y muchas veces... en estos últimos días
- Pero sobreviviste.
- A pesar de todo - dije tristemente

- Vos sos un sobreviviente... me parece... digo - dudó.
- Sobreviviente? No, no soy nada...Soy el Flaco, solamente. El Flaco Perez.

Apoyó la cabeza en mi hombro. La abracé y en el abrazo mezclamos nuestros miedos y nuestra debilidad ante tanto sufrimiento propio y ajeno.

En lo profundo de la noche titilaron, a lo lejos, tres luces - una verde, una blanca y una roja - del barco que se acercaba. Nos aprestamos, descubriendo que nuestro equipaje se había reducido al grueso abrigo con el que arropábamos a los dos niños y nada más.

Al rato, atracó; abordamos y nos acomodamos lo mejor posible en el único camarote que ofrecía.

Zarpamos pocos minutos después, entre ruidos de máquinas, de cadenas, gritos secos y órdenes en italiano. Por fin! Un idioma conocido!.

XI

Acomodó a los chicos en la única cucheta del camarote. Los tapó con el abrigo y acarició sus cabezas murmurando palabras de tranquilidad, de consuelo, hasta que ambos se quedaron dormidos. Permaneció unos instantes sentada entre los dos, rígida, cavilante. Curiosamente se sentía bien. Un calor suave enrojecía sus mejillas y se extendía por todo el cuerpo produciendo una agradable sensación de plenitud, de tersura. Percibió que el gesto duro y el dolor en las mandíbulas iba aflojando. Se soltó el rodete y, sosteniendo entre los dientes la gomita que lo ataba, buscó con qué peinarse. De memoria y sin espejo, acarició el pelo rubio, largo, lacio, mesándolo y ordenándolo con los dedos. Recuperó la gomita y lo ató en cola de caballo. Sacudió varias veces la cabeza y se pasó el índice por los labios, frotándolos para hacerles brotar un poco de color. Se ajustó el corpiño; alisó la blusa y los pantalones y salió a cubierta.

A medida que nos alejábamos de la costa, me iba invadiendo una agradable sensación de seguridad, de cosa nueva. La brisa marina me hacía volar el pelo, refrescando mi cabeza y mis ideas. Traté de ordenar todo, y aspiré una gran bocanada de aire puro. Sería diferente de aquí en más. Voy a buscar un laburo decente. Voy a tratar de ayudar a la gente en lugar de afanarla o cagarla. Voy a intentar una relación estable y placentera con una mujer, y no a seguir putañeando como hasta ahora. No es que tenga nada contra las putas; creo que son los seres más dulces e interesantes que he conocido; un poco psicópatas, pero agradables. Cada cual a lo de cada cual. Yo a portarme bien; ellas, que sigan en lo suyo, que para eso

les pagan. Necesito un poco de paz. Un rostro feliz al llegar a mi casa; algún quilombito de vez en cuando; pero nada más. Punto final al vagabundeo. Es una promesa.

Sentí que Silvia se acercaba interrumpiendo mis promisorias cavilaciones.

- Estará bien... El, como es... Mudo, allá solo?
- Supongo que sí. Murió.
- Como?... Qué decís?
- Murió. Cuando entré a verlo estaba muerto. Te mentí porque...
- No podés ser tan hijo de puta. - me interrumpió, enojada.
- El sabía que iba a morir. Por eso hizo la confesión. Por eso nos dejó esto.- Saqué el papel del bolsillo y se lo mostré.
- Qué es esto?
- Una clave. De una cuenta de banco. En Suiza... Sus ahorros. Nos los dio.
- A nosotros?
- Si, claro. A nosotros.
- Por qué?
- Qué se yo por qué. Habrá sentido que... que éramos buenas personas... No sé...
- Y qué vamos a hacer?
- Ir a buscarlos, supongo.
- Como?
- No sé, tampoco... A dedo, si es necesario. Los tipos esos me quitaron todo lo que tenía...
- Si. Te vi... - hizo un corto silencio y sonrió de costado - Te veías muy mal, desnudo y encapuchado.- y se rió
- No pensemos más en eso. Pensemos en cómo hacer para llegar a Ginebra.- dije, molesto
- A mi no me sacaron más que la cartera. Todavía conservo el reloj y una cadenita de oro... Esta.

Se abrió la blusa y extrajo una fina cadena dorada con dos o tres dijes colgando. Me quedé prendado de la suave curva de sus pequeños senos, distrayéndome de su comentario.

- Debe valer un par de cientos de dólares. Si la vendemos llegamos a Suiza.

- Eh!... Ah, sí... Sí, claro, a Suiza...

- Me estabas mirando las tetas!

- No... Silvia, yo... - me puse colorado.

- Callate, mirá. Sos un chanco... Estoy tentada de dejarte varado en el puerto al que lleguemos... Si es que llegamos a algún lado.

- Llegaremos - sentenció

- Ojalá - dijo y giró, haciéndose la ofendida, retornando al camarote sin agregar nada más.

No la volví a ver hasta la mañana siguiente.

Apareció con los chicos en la cubierta donde yo había pasado la noche, durmiendo sobre un montón de lonas enredadas. Me sentía fresco y descansado

- Buen día - saludó contenta.

- Buen día - contesté

- Parece que llegamos. Mirá.

En el horizonte, diáfano, se dibujaba el verdeoscuro ondulante de la costa italiana.

XII

Una ciudad fascinante, Ginebra. El lago, con ese insólito chorro vertical surgiendo en mitad del espejo líquido, que refleja los contornos agudos de montañas y edificios. Sus avenidas anchas y floridas. Su gente pulcra, amable, segura. Un refugio estético, un baño de civilización después del barro pegajoso de la barbarie balcánica.

Estábamos al borde de la costanera lacustre, sorprendidos de la enorme cantidad de dinero que habíamos extraído de la cuenta cifrada del Mudo. Aún no lo sentíamos nuestro.

- Nunca será nuestra del todo - mascullé
- Qué cosa no será nuestra? - preguntó Silvia
- La guita... Toda esa guita...
- Y de quién, si no?
- No sé. Donémosla.
- Estás loco? A quién?
- A una institución... Un asilo... Que sé yo!
- Y nosotros?
- Nosotros?... Vos, no sé. Yo no creo que pueda vivir teniendo de sobra lo que a otros les falta.
- Pensás solidariamente bien, pero con rumbo equivocado.
- Equivocado?... Rumbo?... Qué?

Esbozó una sonrisa.

- Veremos... Veremos... Por qué no nos asociamos? - propuso, sonriendo con toda la cara.
- Asociarnos? Y en qué?
- Y... No sé... Pongamos un negocio...
- Un negocio? - pregunté perplejo
- Bueno... quien dice un negocio, dice otra cosa... Una familia, por ejemplo...

- HmMMM - gruñí, siguiendo la broma y cayendo ingenuamente en el lazo. - No sé nada de ninguna de las dos cosas.

- Yo te explico - me dijo, risueña, mirándome fijo a los ojos

Era la primera vez que nos mirábamos así. Los ojos en los ojos. La garganta seca y un ansia reprimida de avanzar más. Resultó emocionante... y muy placentero.

- No me conocés - me excusé apresuradamente.

- Tenemos tiempo para eso... Empecemos. A qué te dedicabas, antes de ser espía, digo... Qué hacías antes?

- Y... Era... (Ma si, yo se lo digo. Total, con todo lo que hemos pasado juntos)... Era malandra... ladrón... mulita... un estafador de poco vuelo.

- No? En serio? - no parecía horrorizada. Mas bien parecía sorprendida, interesada.

- Eh?... Si... En serio... Quizás sea mejor que nos abramos. No te convengo... Cerca, digo...

- Por qué no? Mi marido me vendió que era un tipo honesto y trabajador, y terminó siendo un corrupto, jugador y putaño de la peor calaña... Vos me decís que sos un delincuente y, quizás, termines siendo un buen tipo... derecho... decente... A mi todo se me da al revés. Siempre.

- Eso quiere decir que lo del negocio va en serio?

- Muy en serio.

- Y... buen... que sea como Dios quiera...

- El negocio?

- Si. Que el negocio sea como Dios quiera.

Y nos reímos. Por primera vez en mucho tiempo, nos reímos con ganas.-
